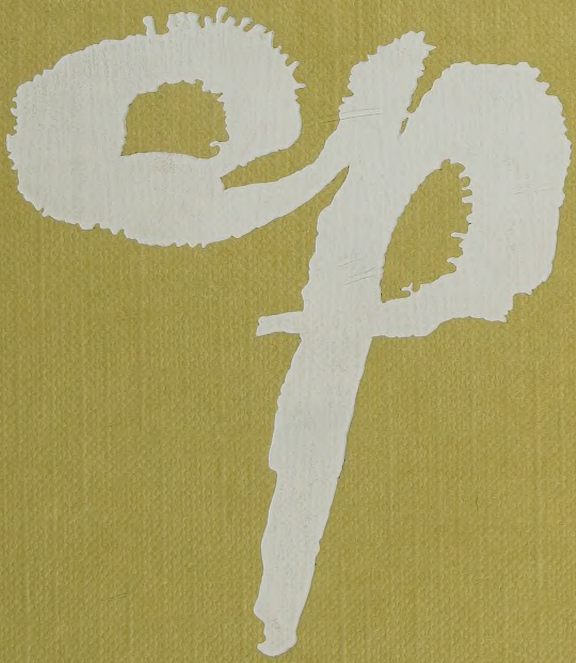
UNIVERSITY OF ARIZONA
39001004072370



autores españoles
e hispanoamericanos

Los enemigos

Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/losenemigos0000tome

PQ
6670
04
E5

JAVIER TOMEO

Los enemigos

EDITORIAL PLANETA BARCELONA

© Javier Tomeo, 1974
Editorial Planeta, S. A., Calvet, 51-53, Barcelona (España)

Sobrecubierta: Olivé Milián

Primera edición: abril de 1974

Depósito legal: B. 20043-1974

ISBN 84-320-5302-3

Printed in Spain - Impreso en España

«Duplex, S. A.», Ciudad de la Asunción, 26-D, Barcelona-16

Para mis queridos Agustín Ceballos, Luis Vich, Manolo Alonso y Paco Herrero, a quienes, en este momento, me atrevo a exaltar a la suprema categoría de Príncipes de la Tecla.

¿Locura de amor? Pleonasmo.
El amor es ya una locura.

HEINE

En nuestro refugio de París: día 2 de febrero. San Cornelio

Se dice que todos y cada uno de nuestros cabellos están contados y que cada cual lleva, colgado del cuello, su propio destino. Pero se dice también, y esto me parece mucho más cierto, que el destino solamente reina con la secreta complicidad del instinto y de la voluntad.

Expuesto lo que antecede —y habida cuenta de que un servidor pertenece a esa raza de hombres que no se resignan a ser juguetes de un destino adverso— sepan ustedes que me llamo Leonardo Zambrana y Gómez, que soy natural de la ciudad de Cuernavaca, en el lejano y luminoso Méjico, y que tengo

un hijo que se llama Manuelito. Sepan también que los dos, mi hijo y yo, vivimos desde hace algunos años en el centro de un vasto sistema de espionaje permanente, establecido por nuestros poderosos enemigos, que se juramentaron para destruir nuestra felicidad.

—¿Y quiénes son esos enemigos? —se preguntarán ustedes, intrigados.

—Nuestros enemigos —les responderé al momento— son los congregacionistas.

—¿La Congregación? ¿Los congregacionistas?

—Ellos, y nadie más —afirmaré sin vacilaciones.

He aquí, en síntesis, los dos grandes objetivos que persiguen esos desalmados:

Primero: Asesinarme y enterrar luego mi cuerpo en algún lugar secreto, sin que se entere el comisario.

Segundo: Raptar a Manuelito —que no ha cumplido todavía los siete años— y, abusando de su escasa experiencia, entronizarle luego como rey de esa siniestra secta que tanto se complace en el crimen.

Posiblemente, al llegar a este punto, más

de uno de ustedes empezará a desconfiar de mi cordura. Tal vez piensen —como han pensado ya algunos— que soy víctima de algún antiguo traumatismo craneal o de cualquier ataque cerebral de origen infeccioso o tóxico. Quizá piensen, en suma, que estoy loco.

—¿Por qué razón va a tener la Congregación tanto interés en raptar a su hijo? —se preguntarán—. ¿Por qué van a obstinarse los congregacionistas en elegir rey precisamente a Manuelito, cuando existen tantos otros niños en el mundo?

Y yo, a los que se pregunten eso, les responderé:

Primero: Porque jamás ha existido, ni existirá en lo futuro, otro niño más inteligente que el mío.

Segundo: Porque jamás ha existido otro más culto.

Tercero: Porque jamás ha existido otro más bello.

Dichas las cosas de ese modo, tal vez piensen ahora que exagero, cegado por mi amor de padre. Nada, sin embargo, más lejos de la realidad. Puedo jurarles formalmente que no

exagero y que mis temores están plenamente justificados. Nunca, por mucho que ellos buscasen, podrían encontrar en todo el ancho mundo otro muchacho como el mío. ¿Saben ustedes, por ejemplo, que a los tres años Manuelito tenía ya algunas nociones de astronomía y conocía de memoria gran número de definiciones latinas que yo mismo le enseñé? ¿Y saben ustedes que, antes de cumplir los cinco, era capaz de leer una partitura y estaba en condiciones de explicar a cualquiera que se lo preguntase el fenómeno de la formación de las nubes?

Pueden ustedes estar persuadidos, señores míos, de que Manuelito, efectivamente, es un niño fuera de serie —uno de esos hijos que justifican cualquier esfuerzo reproductor— y los congregacionistas tienen sobrados motivos para raptarle. De ese malvado designio tengo, por desgracia, muchísimas pruebas.

Explicaré ahora que decidimos instalarnos en París por su envidiable situación geográfica: nos encontramos efectivamente en el corazón de Europa y ése es precisamente el lugar que mejor conviene a mi hijo. En leguas

de dos mil toesas, París dista 150 leguas de Amsterdam, 247 de Berlín, 600 de Constantinopla, 182 de Copenhague, 430 de Lisboa, 105 de Londres, 320 de Madrid, 382 de Roma y 280 de Viena.

Día 2 de febrero. Seis de la tarde

Esta mañana, monsieur Dupont, el tendero del barrio, me preguntó:

—¿Para qué quiere usted, mi respetado señor Zambrana, tantas resmas de papel?

—Sepa usted, mi buen Dupont —le expliqué—, que, a partir de hoy, día de San Cornelio, he decidido empezar a llevar un diario, porque quiero que, de algún modo, quede constancia escrita de la vasta conjura que existe alrededor de nosotros.

—¿Qué conjura es ésa?

—¡Válgame Dios! —exclamé, sonriendo—. ¿Cómo pretende usted, que vive rodeado de

habichuelas, comprender de qué conjura se trata?

El motivo que me impulsa a escribir este diario es, por tanto, muy claro: procuraré facilitar a la policía todas las pistas necesarias para que, llegado el caso, pueda desenmascarar a los culpables de nuestra ruina. No es, por cierto, una precaución vana. Imagínense, por ejemplo, que los congregacionistas consiguen su objetivo. Imagínense que logran asesinarme y apoderarse después de mi prenda adorada. ¿Quién podría sospechar luego que los dos, mi hijo y yo, hemos caído víctimas de los sicarios de Carmona? ¿Quién iba a preocuparse, a instancia de parte, de desenmascarar a los culpables? ¿Quién iba a tomarse la molestia de presentar una denuncia capaz de poner en funcionamiento todos los resortes de la Justicia? ¿Quién iba, en suma, a llorarnos? Nadie, eso es muy seguro. Los asesinos, una vez muerto yo, huirían con mi hijo a su hórrida guarida, con la seguridad de que nadie iría a seguirles los pasos. Le coronarían rey y le someterían, de por vida, a cualquier espantoso juramento. Celebrarían su triunfo

danzando durante toda la noche alrededor del ominoso bronce que preside todas sus fiestas y luego, con las primeras luces del alba, regresarían a su papel de honrados burgueses que apenas sonríen en los salones bajo el charolado reflejo de sus chisteras.

¿Iba a quedarme cruzado de brazos ante tamaña posibilidad? ¿Iba a permitir que ellos pudiesen actuar impunemente, sin la amenaza de un diario secreto que me sobreviva y que sea capaz, al mismo tiempo, de servir de pista a la policía?

Aquí están, pues, escritas las dos primeras páginas del diario, a las que seguirán otras muchas. Puede que algún día las anotaciones sean breves, apenas una fugaz impresión, un presentimiento certero, una idea aprisionada en unas cuantas líneas. Pero incluso en esas ocasiones, lo que pueda escribir encerrará siempre un sentido oculto, será una pequeña parcela de la Gran Verdad fraccionada, y tendrá forzosamente que servir de valiosísima sugerencia a la policía, institución a la que, por principio, considero siempre por encima de cualquier corruptela administrativa.

Al final de cada jornada, ocultaré el diario bajo la misteriosa baldosa que sólo conoce el admirado comisario Duhamel y que únicamente podrá ordenar levantar cuando quede del todo confirmada nuestra desaparición definitiva.

Día 3 de febrero. San Blas, obispo

Hoy se cumplen los primeros cuatro meses desde que nos instalamos en esta casa. Para celebrar de algún modo el aniversario, me he pasado toda la tarde colocando una cadena de un lado a otro de la puerta, que ya disponía de un robusto cerrojo.

—Sí, mi dulce bien —le expliqué luego a mi hijo, justificando las precauciones—. No podemos tolerar de ningún modo que esa gente pueda sorprendernos durante el sueño. No podemos permitir que ellos, valiéndose de extraños instrumentos todavía desconocidos para la gente honrada, consigan hacer saltar el ce-

rrojo y puedan penetrar luego en nuestro nido esgrimiendo sus puñales. Esa sólida cadena que he colocado en la puerta, símbolo de la esclavitud a que ellos pretenden reducirte, se convierte para nosotros en la mejor salvaguardia de nuestra felicidad. Mientras permanezcamos aquí dentro, hijo mío, tu belleza y tu inteligencia quedarán a salvo de los depredadores.

No nos resultó nada fácil, por cierto, encontrar este piso, en el corazón del populoso París, donde tan fácil resultaría burlar a otros asesinos menos concienzudos y obstinados que los congregacionistas. No se trata, desde luego, de una mansión elegante —a la que tendríamos derecho por nuestro elevado nacimiento—, pero ofrece, como compensación, muchas otras ventajas. Sepan, por ejemplo, que la casa se levanta solitaria, sin otros edificios que la ciñan a derecha o izquierda, por los que podría resultar tal vez fácil saltar a nuestro balcón. Sepan también que disponemos de una portera feroz que cada noche, a las diez en punto, cierra celosamente las gruesas planchas de roble del portalón. Asomados

al balcón, podemos vigilar el sector de la calle que desciende desde la Place de la Liberation a la Place de la Legalité, en la que por las mañanas suele tomar el sol —los escasos días en que luce— un tropel de humildes ancianos de frente huidiza, con el pecho cubierto de antiguas e ignoradas condecoraciones. La ventana trasera, que corresponde precisamente a la habitación de Manuelito, da a un inmenso patio interior limitado, en uno de sus extremos, por la inmensa mole del Conservatoire, lleno siempre de románticos violines, pero que a partir de las diez de la noche queda vacío y silencioso.

Si a todas esas ventajas añaden ustedes la circunstancia de que vivimos en un quinto piso y de que no existen, en las inmediaciones, cadenas de pararrayos o tuberías que permitan una posible escalada, comprenderán fácilmente por qué me siento satisfecho de haber encontrado este piso en París, ciudad en la que, según he oído decir siempre, abundan en gran número las mansiones con pasadizos, corredores y cámaras secretas que tanto facilitan el crimen y la corrupción.

Día 4 de febrero. San Avelino, confesor

Son ahora las diez de la noche, acaban de sonar las campanadas en el reloj del Conservatoire. Hace media hora que Manuelito, tras desearme las buenas noches y besarme en la frente, se retiró a su habitación. Hago constar ahora que el día de hoy ha transcurrido plácidamente, sin que ocurriese nada digno de especial mención. A primera hora de la tarde empezó a nevar, pero sin que la nieve llegase a cuajar. El tiempo se mantiene hostil, apenas hemos visto lucir el sol durante los últimos quince días. No apetece, ciertamente, salir de casa y chapotear por esos lodazales. Transidos por la melancolía, hemos aprovechado la forzosa inactividad a que nos ha condenado el mal tiempo para igualar, tijeras en ristre, los hermosos bucles de Manuelito, de forma que quede más al descubierto su espléndida frente, digna del más excelso de los poetas.

Pero ¿les he descrito ya cómo es mi Manuelito? ¿Les he explicado que es un muchacho áureo y delicado, de grandes ojos azules, huesos finos y mirada profunda que, en ocasiones, llega a turbar? ¿Les he dicho antes que, cuando aún no había cumplido los cinco años, era ya capaz de dibujar, con sus siete estrellas, la constelación del Aventador?

Todavía recuerdo muy bien el día de su nacimiento. Fue, exactamente, un cinco de agosto, a las doce del mediodía. Su madre —a la que los dos hemos olvidado completamente y que tuvo la feliz idea de morir en el parto— dio un largo grito y yo, que estaba asomado a la ventana, vi entonces cómo el sol, cubierto durante toda la mañana por una inextricable maraña de nubes, emergía victoriosamente. «He aquí que acaba de nacer el futuro emperador del mundo», exclamé enardecido.

Y eso es precisamente lo que continúo pensando hoy, al cabo de todos estos años. Mi hijo será el futuro emperador del mundo. Su puesto está señalado junto al de los grandes hombres de la humanidad. Nada ni nadie podrá alterar su destino. La Congregación debe-

rá renunciar a su talento y a su belleza, porque aquí estoy yo, su padre —y nadie puede dudar de que yo sea realmente su padre—, para protegerle.

Día 4 de febrero. Cuatro de la madrugada

Continúo en vela. Hace un momento, entre sueños, Manuelito me llamó a su lado.

—¡Duerme, duerme, prenda mía! —le susurré al oído—. ¡Duerme, porque yo guardo tu sueño!

Sigo, pues, despierto, atento y vigilante a cualquier rumor, montando guardia frente a los cristales del balcón, empañados por la humedad. La tímida nevisca de esta tarde se ha transformado en una tenue lluvia que invita a las más nostálgicas evocaciones. Abajo, a la luz del único farol de los alrededores, el adoquinado reluce como un par de zapatos nuevos.

¡Ah, sí! ¡Qué distinta esta lluvia francesa, tan circunspecta y nasal, a aquellos frenéticos aguaceros de mi Méjico amado! ¡Qué diferencia entre el rítmico y espaciado gotear de estos canalones y aquellos tremendos diluvios, de apocalípticas resonancias!

«¡Está sonando ya la hora del Juicio Final!», parecían bramar los truenos.

Y mi niño y yo, a salvo tras las ventanas de nuestro palacio, contemplábamos con el ánimo suspenso el terrible empuje del río, que descendía de las montañas arrollándolo todo.

¡Ah, sí! ¡Qué hermoso país aquél y qué benditos tiempos aquellos, en los que todavía podíamos permitirnos el lujo de mirar de frente las cosas! ¡Qué maravilla poder contemplar tranquilamente como crecía mi hijo, sin el mortífero aliento de los congregacionistas calentándonos la nuca!

No quisiera, sin embargo, pecar de injusto con esta hermosa ciudad. El hecho de que algunas veces recuerde con especial fruición el luminoso cielo de Méjico no significa, desde luego, que llegue a ignorar los grandes atractivos que ofrece esta famosa capital, a la que

los romanos llamaron *Lutetia Parisiorum*. Existen aquí muchas cosas que no tienen parangón posible con las que puedan encontrarse en otras ciudades. Sin necesidad de recurrir a esas famosas escuelas de natación, donde por sólo catorce reales cualquier persona puede aprender ese utilísimo ejercicio, ¿en qué otra ciudad europea pueden encontrarse cafés como el de la Paz, en el que los clientes pueden divertirse con el espectáculo gratuito de dramas, petipiezas, bailes y pantomimas, o como el de las Mil Columnas, en el que la Madama que cuida del mostrador está sentada sobre una rica poltrona que costó originariamente diez mil francos?

Día 5 de febrero. Santa Agueda, mártir

No debe usted sorprenderse, mi querido comisario Duhamel, de que en este diario haga siempre referencia al santo del día. Soy, sin

duda, un buen cristiano y pienso que mostrar respeto y veneración por los santos, que una vez fueron mortales, significa tanto como demostrar que no he perdido enteramente mi confianza en los hombres: quiero creer, efectivamente, que no se ha agotado del todo esa raza de hombres que, por sus virtudes, merezcan algún día el insuperable honor de la santificación. Lo contrario sería tanto como darme a la más negra desesperación y pensar que, alrededor, sólo existen congregacionistas.

Hoy he recibido carta de Méjico. Me la envía Emiliano Peribáñez, un antiguo compañero en las tareas universitarias. Se extraña de no haber recibido contestación a las cartas que me escribió anteriormente. Lo más inquietante del caso es que Peribáñez —un hombrecillo misterioso, en quien nunca confié plenamente— conoce mi dirección en París, cuando pensé que nadie la conocía.

—¿Me permitiréis —pregunta al inicio de su misiva— que os mire ahora como un amigo y no os dé tratamiento?

Es una carta absurda, a la que no puedo encontrar una verdadera justificación. Me ha-

bla, por ejemplo, de que Chávez, el bedel más antiguo de la Facultad, ha conseguido recuperar gran parte de su cabello, perdido hace bastantes años a consecuencia de una extraña enfermedad infecciosa que, a buen seguro, destruyó todos sus gérmenes pilosos. Me explica Peribáñez, con gran lujo de detalles, que Chávez consiguió ese prodigio a base de una curiosa fórmula que incluye fundamentalmente tintura de cantáridas, bayas de enebro y polvos de quinina.

No deja de resultar muy sospechoso que Peribáñez, profesor de psicotecnia, dedique más de la mitad de su carta a hablarme de semejante fruslería.

Día 6 de febrero. Santos Tito y Silvano, obispos

Nada especial que reseñar. Nuestros enemigos no dan, por ahora, señales de vida. Con-

fían, tal vez, en que acabemos descuidando nuestra vigilancia. Nada, sin embargo, más lejos de nuestra intención. Mantendremos la guardia alta. Son ya las once de la noche, pero sigo en mi puesto. Hace ya una hora que Manuelito solicitó permiso para retirarse a su habitación.

—Permíteme, padre querido —me dijo—, que acabe de leer este libro a solas.

—¿Qué libro estás leyendo hoy? —le pregunté.

—El *Menéxeno*, del insigne Glauco —respondió modestamente.

Díganme ahora, mis queridos señores: ¿existe acaso algún otro muchacho que, a los siete años escasos, sea capaz de leer al brillante pero complicadísimo Glauco? ¿No tengo motivos más que suficientes para considerarme el padre más orgulloso del mundo? Recuerdo que hace un año —cuando ya, en Méjico, los congregacionistas habían empezado a dar señales de vida— un caballero alemán, cuyo nombre he olvidado, consiguió enseñar a mi hijo —sin demasiados esfuerzos por su parte— el problema de la cuadratura

del círculo. Pensé entonces que aquello se salía tan fuera de lo corriente, que valía la pena solicitar una audiencia al emperador Rodolfo, espíritu preclaro y decidido protector de artistas y sabios. Aquel gran hombre, al que espero que Dios haya acogido en su seno, nos recibió al cabo de tres días, vestido de grana y oro, en el Gran Salón de los Espejos. Fue un momento emocionante. Yo presenté a mi hijo con una linda casaca azul, porque creí que ése era el color que mejor armonizaba con el rubio de sus cabellos. Manuelito se adelantó gentilmente al encuentro del Soberano, que le había abierto los brazos, y recitó una breve arenga en la que solicitó protección para nosotros.

—¿Cómo podría negaros tal protección? —le respondió Su Ilustrísima Majestad, sonriendo paternalmente.

Puso dos onzas y media de oro en sus manos, y nos aseguró formalmente que, a partir de aquel momento, nada teníamos que temer del miserable Carmona. Nadie podía sospechar entonces, sin embargo, que Su Ilustrísima Majestad, tres días después de concedernos la audiencia, iba a caer abatido por los

disparos de los conspiradores, que auparon luego a Carmona a uno de los puestos claves de la política de la nación.

Día 7 de febrero. San Romualdo, abad

Nuestro régimen de vida es ahora muy sencillo. Por suerte, dispongo de algunos ahorros que me permiten atender debidamente todas las necesidades de mi hijo, sin verme en la precisión de trabajar, lo que supondría tanto como abandonar a Manuelito, aunque sólo fuese durante algunas horas al día, a la voracidad de esos desalmados. Por lo general permanecemos en casa hasta al mediodía, dialogando amigablemente. Sobre la una, poco más o menos, solemos comer en un pequeño figón, que regenta un tal Lorilleux, en la misma place de la Legalité. Damos luego un largo paseo, que contribuye a aligerar nuestra digestión, y sobre las cuatro y media, antes de que oscu-

rezca, regresamos a casa. Una charla crepuscular, que Manuelito aprovecha para ilustrarme sobre las más diversas cuestiones. Luego de una frugal cena, la lectura, afición por la que mi alhaja siente una inclinación irresistible. Ayer les expliqué, por ejemplo, que estaba leyendo el *Menéxeno*, de Glauco. Pero lo que todavía no les he dicho es que, después de la sesión de esta noche, ha dejado a medio leer la *Kosmologie der Babylonier*, de Jensen, y que para mañana tiene ya en cartera el *Handbuch der Mathematischen und Technischen*, de Ideler. Habida cuenta de tan prodigiosa capacidad de lectura y de su extraordinario poder de asimilación, ¿a quién puede sorprender la inmensa cultura de que hace gala? ¿A quién puede extrañar que la Congregación, tan desprestigiada durante estos últimos años por líderes muy poco letrados, procure apoderarse de su persona?

Por lo demás, el día ha transcurrido en paz. Ha continuado lloviendo y el tiempo se mantiene frío. Este mediodía hemos comido en el figón de Lorilleux. Nos encontrábamos allí con monsieur Dupont, al que invitamos a sentarse

a nuestra mesa. «Mi esposa se fue esta mañana a visitar a su madre, que agoniza en Calais», nos explicó, como si tuviese necesidad de justificar su presencia en el restaurante. Y se dedicó durante toda la comida, a criticar las lentejas de Lorilleux, que calificó de infames. El buen hombre, sin duda, quiso darnos a entender que en su casa comía mucho mejor. Pero monsieur Dupont, pese a todo, es una excelente persona, a la que debe perdonársele cualquier pequeña presunción.

Día 8 de febrero. San Jerónimo, presbítero

En mis notas del pasado día tres les enumeré alguna de las ventajas de nuestro refugio. Les expliqué, por ejemplo, que la casa se alzaba solitaria, sin otros edificios a los lados. Olvidé, sin embargo, señalar que, frente a nuestra casa, al otro lado de la calle, se levanta un gran edificio de ladrillo rojo, con nume-

rosas ventanas, por las que hoy, festividad del ínclito San Romualdo, me ha parecido vislumbrar algunos rostros hostiles.

No dispongo todavía de pruebas concretas. No quiero adelantar acontecimientos. No obstante, atención a esa casa.

Día 9 de febrero. San Primo, doctor

Continúa lloviendo, Manuelito, en su cuarto desde las nueve de la noche —hace poco que dieron las once campanadas en el reloj del Conservatoire—, debe de estar a punto de dar buena cuenta del *Handbuch der Mathematischen.* Esta tarde, los dos frente a los cristales del balcón, volvió a darme muestras de su excepcional talento.

—¿Sabes tu, padre mío, —me preguntó— por qué llueve siempre de arriba abajo?

—No— le dije.

—La razón, sin embargo, es obvia, —me

explicó—. Llueve de ese modo para que nos mojemos precisamente nosotros, los que estamos abajo. Piensa que, si lloviese al revés, se mojarían ellos, los que están arriba. Y la gente, además, tendría que llevar los paraguas al revés.

Fue, vuelvo a repetirlo, una desgracia irreparable que nuestro glorioso emperador Rodolfo, cuando ya podíamos contar con su decidida protección, cayese víctima de los conspiradores. De otro modo, con Rodolfo en el poder, no nos encontraríamos mi hijo y yo en la triste situación en que nos encontramos. ¿Se atreverían los secuaces de Carmona a perseguirnos con tanta saña?

Muerto el emperador, pronto pudimos comprender que nuestros enemigos estaban decididos a hacernos la vida imposible. El Municipio me separó inmediatamente de la Universidad, sin querer reconocer ninguno de mis derechos, y se negó en redondo a satisfacerme los créditos que se me adeudaban. Un escandaloso ejército de periodistas, al mismo tiempo, me hizo víctima de las más atroces calumnias. Algunos periódicos del país, por ejemplo, publicaron

la noticia de que mi mujer —a la que nadie podía negar una gran belleza— había mantenido durante los últimos años relaciones íntimas con el señor arzobispo Caravallo y que Manuelito —¡ Dios nos libre!— había sido consecuencia de las secretas y emocionadas pláticas arzobispales.

¿Qué podía hacer yo entre tanta falsedad? ¿Qué puede hacer un hombre abandonado a sus escasas fuerzas, entre tantos pérfidos? Me pasé tres o cuatro meses clamando inútilmente por los pasillos de todos los ministerios, intenté sin éxito querellarme contra los calumniadores, y finalmente, desesperado, decidí abandonar el país en un barco inglés que zarpaba hacia Cuba. Así se inició nuestro peregrinaje que nos trajo a París, después de una larga estancia en España.

Desearía de todo corazón que esa breve referencia a mis desventuras en Méjico sirviese de pauta a nuestros amigos, los policías, a la hora de calibrar la peligrosidad de los congregacionistas.

Día 10 de febrero. San Ireneo, mártir

Nada especial que consignar, aparte de un rostro particularmente odioso que esta mañana he visto asomarse varias veces a una de las ventanas de la casa de enfrente, precisamente la que queda a la altura de nuestro balcón.

Ha continuado lloviendo suavemente durante todo el día. Y si hemos de creer a la portera —a la que he oído dialogar a grito limpio con la vecina del primero— continuará lloviendo hasta que cambie la luna.

Día 11 de febrero. Septuagésima

He vuelto a ver esta mañana al hombre de la casa de enfrente. A las diez se asomó a la ventana y lanzó torvas miradas a derecha e

izquierda, como esperando ver llegar a alguien. Luego, en el intervalo de una hora, repitió esa operación cinco o seis veces. Estoy seguro de que aprovechó todas esas ocasiones para espiarnos con discreción. Más tarde, mientras comía con Manuelito en el figón de Lorilleux —en la mesa situada junto a la ventana que da a la calle— le vi pasar por la acera opuesta, con las manos en los bolsillos y el aire indolente de los que lo tienen todo hecho. Precisaré que es un hombre no demasiado alto, algo cargado de espaldas, que cojea ligeramente y viste un gabán negro que le llega hasta los tobillos. Me recordó, en cierto modo, al congregacionista que descubrimos en el barco inglés, en nuestro viaje hacia Cuba.

Aquel viaje, por cierto, sirvió para demostrar a más de cuatro incrédulos hasta dónde llegaba el talento de Manuelito. Recuerdo muy bien que, apenas salidos de Veracruz, se acercó hasta nosotros el contramaestre.

—¿Te gusta el mar, muchacho? —le preguntó a mi hijo.

—Extraordinariamente, señor —respondió él, sin desviar la mirada del horizonte.

—¿No te parece que no tiene fin?

—Eso es lo que parece, señor. Pero la verdad es que también el mar tiene sus límites precisos.

—¿Conoces algo que no tenga límites precisos?

—El tiempo y el espacio, señor.

El contramaestre, asombrado, me lanzó una mirada confusa. Pocas veces he visto una expresión tan perpleja como la suya en aquellos momentos.

—Usted sabrá disculparme, caballero —balbució—, pero a primera vista había tomado a su señor hermano por un niño.

—¿Qué piensa usted que es? —le pregunté, sonriendo.

—Un enano, sin lugar a dudas. Ningún muchachito podría hablar de ese modo.

—Pues no es un enano —le aclaré, con cierto énfasis—, sino mi hijo, el futuro emperador de los Andes.

No acabó ahí la gloria de mi hijo. El contramaestre, perplejo, se alejó hacia el otro extremo de la nave y regresó cinco minutos después acompañado por mister Fitzgerald, el capitán.

—¿Sabes tú realmente, hijo mío —le preguntó el capitán a Manuelito—, que el tiempo y el espacio carecen de límites precisos?

—Así es, señor —respondió mi niño.

—¿Acaso conoces tú lo que es el espacio?

—Espacio —respondió mi pequeño Copérnico— es la extensión del Universo, poblado de soles, planetas y astros que, obedeciendo una misma y única ley, giran invariablemente en sus órbitas.

El buen Fitzgerald, que no esperaba una respuesta como aquélla, paseó una mirada admirada por el grupo de pasajeros que había ido formándose a nuestro alrededor.

—¿Cuántos años tiene ese angelito? —preguntó entonces una dama portuguesa.

—Sólo cinco, señora mía —le contesté, a punto de reventar de orgullo.

—¡Pues que lo tiren al mar! —gritó en aquel momento alguien desde lo alto—. ¡Que lancen al mar a ese monstruo!

Fue aquélla la primera vez que pude ver, relativamente de cerca, a un agente de la Congregación. Supe después que aquel malvado —al que tanto me recuerda, en cierto modo,

el hombre de la ventana— había embarcado aprovechando la escala del barco en Veracruz con la misión de seguir secretamente nuestros pasos. Estaba encaramado en la barandilla de la cubierta superior y su aparición nos cortó el aliento a todos.

—¡El diablo! ¡El diablo! —gritó la anciana portuguesa, a punto de sufrir un colapso.

Nos lanzamos en su persecución, pero el hombre se quitó el enorme sombrero de copa y se lanzó al mar. Nadó sumergido durante un centenar de metros y por fin le vimos reaparecer regurgitando como una ballena. Continuó nadando vigorosamente hacia la costa y, a pesar de que lo hizo con la misma dirección que llevaba el barco, pronto le perdimos de vista.

(Nota adicional para monsieur Duhamel, mi admirado comisario de policía, a quien va especialmente dirigido este diario. Existen muchas probabilidades de que todos los miembros de la Congregación usen chisteras y sean excelentes nadadores.)

Día 12 de febrero. Santos Julián y Modesto, mártires

Tregua en la lluvia. Esta mañana el cielo amaneció claro como el ojo de un pájaro. Durante todo el día, sin embargo, no hemos salido de casa. No he vuelto a ver al hombre de la ventana, pero esta tarde, al filo de las cuatro, he descubierto un tipo altísimo, vestido de rojo. Se pasó más de media hora al pie del farol y, por más que lo intenté, no pudo encontrar ni una sola razón que justificase su presencia.

De vez en cuando, sin preocuparse por disimular, el hombre lanzaba aviesas miradas hacia nuestro balcón.

Día 13 de febrero. San Gregorio II, papa

Esta mañana, aprovechando el buen tiempo, hemos salido de casa. Existe en esta ciudad un insuperable servicio de omnibuses, cabriolés, berlinas y landós, que mediante un módico precio tarifado de antemano trasladan a los viajeros de un punto a otro de la ciudad, con una rapidez asombrosa. Propuse a mi niño visitar el café Procope, frecuentado en otro tiempo por el famoso Voltaire, pero él quiso que diésemos un paseo a pie hasta la capilla Expiatoria, no demasiado lejos de donde vivimos y donde encontraron no hace muchos años los preciosos restos del infeliz Luis XVI, víctima de la Revolución. Cerca ya del cementerio de la Magdalena, se nos acercó inopinadamente un hombre de extraordinaria estatura, con la inevitable e inquietante chistera y una larga barba postiza.

—Tiene usted un hijo encantador —me dijo, cerrándonos disimuladamente el paso.

—Lo es, sin duda —respondí.

—¿Es realmente hijo suyo?

—¿Por qué lo duda? —le pregunté, encendiéndome.

—Tiene, además, aspecto de ser muy inteligente.

—Podría usted apostar todo el oro del mundo por su inteligencia.

—¿Me permite, pues, que le haga algunas preguntas?

—Las que usted guste —le dije.

El hombre hizo a mi hijo alguna que otra monería.

—¿Sabes tú, rico —le preguntó—, cuántos soldados montan vigilancia este mes en la guarnición de Savigny-de-Baunne?

—Cuatro —respondió mi hijo.

—¿Y cuántos artilleros?

—Tres —contestó el niño—. Y dos gendarmes. Y diecisiete soldados de caballería.

El hombre, estupefacto, se quitó la chistera y se la llevó ceremoniosamente a la altura del corazón. Hubo, en su ademán, algo que recor-

dó al duelista herido de muerte que no puede menos de felicitar a su rival.

—¡Increíble! —exclamó, iniciando una reverencia.

—¡Ea, basta ya de chanza, caballero! —intervine entonces yo, cerrando los puños—. ¿Piensa usted que somos tan ciegos como para no reconocerle? ¿Cree usted que nuestra estupidez llega a tanto? ¡Sabemos muy bien quién es usted, señor nuestro! ¡Su chistera y su estatura le delatan! ¡Usted es el hombre vestido de rojo que ayer vigilaba nuestra ventana! ¡Vaya ahora a ver a sus amigos y dígales que el padre de esta adorable criatura está dispuesto a morir antes de que se lo arrebaten!

El hombre, amedrantado por mi actitud, se alejó renqueando calle arriba —tenía, sin duda, una pierna ortopédica— y nosotros continuamos nuestro camino hacia el cementerio de la Magdalena.

Cien metros después volví la cabeza y observé que el congregacionista, detenido en la esquina, nos amenazaba con el puño.

Día 14 de febrero. San Valentín, confesor

Son ahora poco más de las once de la noche. Una luna pequeña y dura, pero brillantísima, ha sucedido al sol, que durante todo el día de hoy ha lucido también esplendorosamente. Esta mañana, animados otra vez por la benignidad del clima, hemos visitado la casa de las fieras. Hemos visto al majestuoso león, de grandes ojos amarillentos, y al colosal tigre, que muestra a primera vista toda su villana perversidad. Vimos también al elefante, cuyo cuerpo cobija el alma de algún maharajá ya fallecido, y a la hiena, que remeda la voz de los pastores y tiene, alternativamente, dos sexos. De todos ellos, sin embargo, el peor me ha parecido el tigre, cuya ferocidad, al decir de los libros, no admite comparación, y de cuya fuerza no puede dudarse con sólo tener en cuenta su corpulencia.

—Pero lo más peligroso del tigre —observó

Manuelito, sosteniendo sin inmutarse la espantosa mirada del animal— es que algunas veces no actúa como tigre.

—¿Cómo es eso? —le pregunté.

—Quiero decir —me explicó— que el pelo de sus bigotazos, tomado en píldoras, también mata. Y si es así, como así es, ¿de qué pueden servir entonces todas nuestras perevenciones? ¿Qué tranquilidad puede proporcionarnos el hecho de sabernos a diez mil leguas de la jungla, si cualquier mano asesina puede deslizar una de esas píldoras en nuestro té?

Regresé a casa angustiado por una terrible idea: ¿y si nuestros enemigos, comprobando hasta qué punto resultan inútiles sus ataques frontales, decidiesen recurrir al veneno? No sería la primera vez que un gran hombre —porque yo, padre de un niño glorioso, debo de ser un gran hombre— muere víctima de una pócima mortal.

Día 14 de febrero, una de la madrugada

Nota especial para monsieur Duhamel. Lo que más temo, señor comisario, es que puedan suministrarme esa clase de venenos que no resultan sospechosos ni a la vista ni al olfato y que sólo pueden conocerse a costa de la vida. Cualquier peligro en este sentido podría quedar conjurado, sin embargo, si nosotros pudiésemos beber y aun comer en aquel vaso indestructible, tallado en el cuerno que llevaban en la frente los asnos de la Escitia, y que Alejandro Magno consagró al dios Apolo, en el templo de Delfos : ingeridos en ese vaso, resultaban inofensivos todos los venenos, incluso el agua terrible que brotaba de aquella fuente situada al pie del monte Nonacris, en la Arcadia famosa.

Puesto que no podremos procurarnos tan maravilloso vaso, ¿no sería conveniente que hiciese yo ahora lo mismo que hizo Mitrídates,

que se fue habituando progresivamente a toda clase de venenos, contra cualquier tentativa de envenenamiento, y que lo hizo con tanta eficacia que luego ni siquiera consiguió envenenarse utilizando ese procedimiento?

Usted sabe muy bien, monsieur Duhamel, que vivimos ahora en un país con una larga tradición en la preparación de pócimas de todo tipo y en el que, según mis informes, existe una amplia red de comercialización del arsénico.

Día 15 de febrero. San Faustino y Saturnino, mártires

Tengo la impresión de que el cerco empieza a estrecharse. Nuestros enemigos, a buen seguro, comienzan a impacientarse. La revelación de mi hijo sobre las nefastas propiedades del bigote del tigre resultó providencial. No me queda ya ninguna duda: el veneno; he ahí

el arma por la que, a buen seguro, acabarán decidiéndose esos malvados.

No son simples lucubraciones. Este mediodía, en el figón de Lorilleux, he descubierto al vecino de la casa de enfrente —me refiero al hombre de gabán negro, que he visto asomado algunas veces a la ventana, sentado dos mesas más allá. Cuando nuestras miradas se encontraron, alzó la copa e hizo ademán de brindar a mi salud. Apareció entonces en su rostro una sonrisa leve, gélida, perfectamente controlada, como la de los embajadores de dos potencias que se saben irreconciliables y que, por azares de la diplomacia, coinciden en el mismo baile de gala, organizado en la cancillería de una tercera potencia neutral.

Sólo que, en nuestro caso, el representante de esa tercera potencia no se preocupó demasiado por aparentar neutralidad. Me estoy refiriendo, por supuesto, a Lorilleux. ¿Cómo explicar, si no, el hecho de que ese grasiento bodeguero —en quien veo ya a un enemigo— fuese a sentarse a la mesa del desconocido? ¿Cómo comprender que los dos se pasasen luego más de una hora cuchicheando, juntas

las cabezas y fijas las miradas en un extraño documento que el propio Lorilleux había extendido sobre la mesa? ¿Cómo admitir, en suma, que en un momento dado los dos levantasen al mismo tiempo la mirada para contemplar codiciosa y fijamente a mi niño? El juego está muy claro, pensé. Ese desconocido ha comprado a Lorilleux. Para la Congregación no existe problema de precio. Lorilleux, a partir de mañana, intentará envenenarme. ¡Oh, sí! ¡Qué fácil resultaría para ese miserable sujeto mezclar alguna pócima en mi vino! ¡Y qué fácil, una vez muerto yo, reclamar mi hijo a las autoridades, alegando cualquier motivo humanitario, para entregárselo luego a la Congregación!

Tengo entendido, monsieur Duhamel, que en Inglaterra la ley prohíbe enterrar ningún cadáver antes de que los facultativos lo hayan inspeccionado y certifiquen que ni el hierro ni el fuego han cortado sus días. Me serviría de consuelo saber que en Francia existe alguna ley parecida. Sin embargo, exista o no exista, le diré que, en previsión de cualquier accidente, he decidido formalmente no volver a ese

misérrimo figón, en el que más de una vez me han servido sopa de pescado con el ojo de cristal del calamar flotando entre dos aguas. A partir de mañana, monsieur Duhamel, comeremos en un restaurante en el que nadie pueda reconocernos, o compraré nuestros alimentos en el establecimiento de monsieur Dupont, alimentos que cocinaré yo mismo en nuestro humilde pero insobornable fogón.

Nota adicional. Pero no quiero cometer el error de confiar excesivamente en mis medidas de precaución. Supongamos que, pese a todo, esos malvados consiguen su propósito. Que nadie piense entonces que mi fallecimiento ha sido natural. Exijo que se me practique la autopsia y que, en el protocolo correspondiente, consten muy claramente cuáles fueron las causas de mi muerte. Conocido y determinado el veneno, resultará tal vez más fácil identificar luego a los envenenadores. Que los forenses, en consecuencia, tengan muy en cuenta que existen varias clases de veneno y que algunos son únicamente temporales, pero que aun esos pueden ser definitivos si su

nivel es suficientemente alto y su acción bastante prolongada y repetida, como ocurre con las toxinas orgánicas y ciertas toxinas bacterianas.

Día 16 de febrero. San Honesto y san Samuel

Hoy, monsieur Duhamel, me siento profundamente desalentado. Debo recurrir a todas mis energías para no declararme vencido por la perfidia de esos desalmados. Sé que mañana reaccionaré, pero la verdad es que, en este momento, al reconsiderar nuestra situación, no puedo menos de sentirme muy pesimista. Perdone, por tanto, que no me extienda demasiado en las anotaciones correspondientes al día de hoy, festividad de san Honesto y san Samuel.

Le diré tan sólo que esta mañana, al entrar con Manuelito en la tienda de monsieur Dupont, he visto al hombre vestido de rojo —al

mismo hombre que luego, vestido de negro, nos abordó en la avenue de la Concorde— hablando en tono confidencial con el que creí era mi amigo.

Dimos la vuelta y huimos apresuradamente, mientras Dupont y el desconocido, a nuestras espaldas, estallaban en una siniestra carcajada.

Día 17 de febrero. San Policronio

Hemos localizado una discreta tienda de coloniales en la rue de la Croix Blanche, a cinco o seis travesías de la place de la Legalité. El dependiente —un hombre amable, de mirada bondadosa— nos ha servido cuanto le hemos pedido sin hacer ni una sola pregunta indiscreta. Hemos descubierto también, para los días que decidamos comer fuera de casa, un pequeño restaurante cerca de la Gare du Sud, donde nadie podría reconocernos.

Esta tarde Manuelito acabó de leer todos sus libros, así es que mañana debo procurarle unos cuantos más. Tal vez le compre la *Astronómica,* de Manilio, que fue el primer poeta latino que cantó, en verso, la armonía y grandeza del universo. Que mi hijo sepa, por lo menos, lo maravilloso que hubiera podido ser el mundo sin la torpe colaboración del hombre.

(*Anotaciones especiales para monsieur Duhamel.* El hombre vestido de rojo que ayer sorprendí con Dupont, utiliza en ocasiones una larga barba postiza, entrecana, y cojea ligeramente de la pierna derecha, circunstancia que da a sus andares un aire profundamente inmoral, propio de aquellos hombres que parecen jactarse de su propia lascivia.)

Día 18 de febrero. Santos Eladio, Fructuoso, Simeón y Leoncio

Ayer y hoy mi hijo y yo nos hemos alimentado exclusivamente de frutos secos, que compramos ayer —aunque no en cantidad— en la tienda de la rue de la Croix Blanche. Esta mañana, mientras ordenaba la disposición de nuestras provisiones en el pequeño armario de la cocina, vi cómo mi príncipe observaba con suma atención una ciruela.

—¿Qué es lo que ves en esa ciruela? —le pregunté de inmediato, sospechando algo.

—Estoy pensando —me contestó— en aquel hombre, del que tanto hablan las viejas historias, que se comió de una sentada cuarenta libras de ciruelas, con sus correspondientes huesos.

—¿Cómo es posible que haya existido un hombre semejante?

—Pues no es el único glotón que se conoce,

padre mío. Han existido otros hombres con un apetito insaciable, dotados de extrema voracidad. ¿Tampoco has oído hablar de Syrius, que en presencia del emperador Maximiliano, se comió un buey crudo y dos enormes carneros groseramente esquilados?

—De quien sí he oído hablar —le contesté— es del atleta Milón de Crotona, que derribaba un buey de un puñetazo y se lo comía en un solo día.

—¿Y qué significa Milón de Crotona si le comparamos con aquel polífago alemán que, en presencia del Senado de Witemberg, se comió en una hora dos vacas, seis marranillos y tres canastas de pollos?

—Imposible —exclamé por decir algo.

Y mi pequeño tiranuelo enrojeció entonces de indignación.

—¿Por qué imposible? —estalló—. ¿Dudas acaso de lo que yo digo? ¿Es ésa la confianza que te merezco?

Caí de rodillas, avergonzado.

—¡Oh, Dios se apiade de mí! —imploré—. ¡Fue sólo una broma, ángel mío! ¡Tú eres realmente la Ciencia! ¡Pero también eres el Amor

y por ti, por conservarte a mi lado, estoy dispuesto a desafiar a todos los envenenadores del mundo!

P. D. Atención, sin embargo, a esos desalmados. Puedo desafiar a los envenenadores, pero no menospreciarlos. Insisto, pues, monsieur Duhamel, en la conveniencia de que se me practique la autopsia, en el supuesto de que llegue a morir antes que se haya proclamado oficialmente la desaparición y muerte del último congregacionista. No consiento, desde luego, que se incinere mi cadáver, porque la incineración, esa especie de nuevo despotismo ilustrado que hoy recomienda la Ciencia, convertiría también en ceniza cualquier rastro que hubiese dejado en mi cuerpo el veneno de los agresores.

Recuérdelo, Duhamel: de llegar el caso, quiero que se me entierre sin pompa y sin epitafio, pero también sin prisa, de modo que la autoridad judicial pueda garantizar, tras el correspondiente examen de mis entrañas, que no se ha cometido en mi persona un asesinato.

Me dolería, sin embargo —en el supuesto

de que entonces pudiera dolerme de algo—, que la conservación de mi cadáver supusiese a la comunidad algún peligro sanitario.

Día 19 de febrero. San Conrado

Ha regresado la lluvia. La triste, maldita y pesada lluvia. Ahora conozco muy bien la lección: llueve de arriba abajo precisamente para que nos mojemos nosotros, los que nos arrastramos por este valle de lágrimas. Mi hijo, sin embargo, ha querido esta mañana saludarla con alborozo. Abrió de par en par la ventana de su cuarto y a voz en cuello recitó:

Bien venida ¡oh, lluvia! seas,
a refrescar nuestros valles,
a traernos la abundancia
con su rocío agradable.

Una hermosa poesía que mi hijo improvisó sin duda en el mismo instante en que la pro-

nunciaba, pero que, por una vez, no consiguió distraerme de las prosaicas e inmediatas obligaciones que, en ocasiones, corresponden a un buen padre de familia.

Sí, mi querido Duhamel: hoy —esta misma mañana— debemos bajar a la calle a renovar nuestra provisión de frutos secos.

Día 19 de febrero, seis de la tarde

Acabo de regresar de la calle con una buena cantidad de nueces, almendras, ciruelas, pasas, avellanas y piñones de excelente calidad, que hemos adquirido en la Croix Blanche. El dependiente, que se llama Puyparlier, es, tal como supuse desde el momento en que le vi, un hombre muy amable, que sólo parece ver en nosotros lo único que nosotros somos en realidad: un padre y un hijo que se aman con delirio y que no están dispuestos a permitir que se los separe. Puyparlier me recuerda, en

cierto modo, al capitán Fitzgerald, aun cuando el uno sea francés y el otro inglés, lo que no deja de ser una buena diferencia.

Me viene ahora a la memoria que conservo todavía la dirección del capitán Fitzgerald, que vive retirado en Liverpool. Aprovechando nuestra estancia en París —para los americanos, las distancias europeas apenas existen— me complacería muchísimo ir a visitarle. Su comportamiento con nosotros fue excelente en todo momento. Recuerdo que, al desembarcar en La Habana, tuvo la gentileza de presentarnos al director del Colegio Cartesiano.

—He aquí, don Pedro —le dijo—, un auténtico niño prodigio. Sométale usted a los más difíciles exámenes y creerá que está soñando al escuchar sus respuestas.

Organizamos un coloquio en el que mi hijo debía responder a todas las preguntas que se le dirigiesen. Fue una gran fiesta, y los asistentes numerosísimos, incluidos, por supuesto, todas las autoridades militares, civiles y eclesiásticas de la ciudad.

¡Oh, cómo se ensañaron con mi niño! Sin pretender agotar la lista, recuerdo ahora que

le preguntaron sobre botánica, astronomía, moral, metempsícosis y cosmogonía. Fue un espectáculo maravilloso ver cómo Manuelito, alzado su menudo y gracioso cuerpo sobre un pequeño pedestal dispuesto a propósito, iba respondiendo una por una a todas las preguntas.

—¿Y qué me dices ahora de los hombres anfibios? —le preguntó, desesperado, un anciano envidioso, encanecido por el polvo de mil bibliotecas—. ¿Qué me dices de esa sorprendente facultad que tienen esos hombres y que les permite resistir horas y más horas bajo el agua? ¿De dónde les proviene?

—Del agujero oval que tienen en el corazón —respondió mi hijo como un rayo.

—¿De qué agujero oval?

—Hace usted muy mal en extrañarse, caballero —le aclaró Manuelito, sin perder la calma—. En el corazón de todos los fetos existe un agujero oval y, a través de ese agujero, la sangre puede circular sin el concurso de los pulmones. Apenas se nace, el agujero se tapa y se establece la función pulmonar, pero aquellos hombres en los que, por cualquier cir-

cunstancia, no se realiza esa clausura, pueden, a imitación del feto, vivir sin necesidad de aire durante algún tiempo.

Fue una respuesta definitiva, que venció y convenció a los más recalcitrantes. Sonó una atronadora salva de aplausos y Manuelito, en olor de multitud, fue alzado en hombros. Aquel día comprendí, por fin, que la Congregación no buscaba la muerte de mi hijo, sino su rapto.

Día 19, medianoche

Esta noche vamos a intentar no acostarnos. Puede que alguna vez nos veamos forzados a mantenernos toda la noche en vela y puede también que entonces nuestro sacrificio de hoy nos reporte alguna utilidad. Hasta hace un instante mi hijo, que finalmente se ha quedado dormido sobre la mesa, me estuvo leyendo la tristísima historia del infeliz duque

de Normandía, hijo del no menos infeliz Luis XVI, a quien un destino atroz hizo morir en Bolonia, lejos de su pueblo y de su trono.

—¡Basta, basta ya, hijo querido! —le interrumpí al fin—. ¡Basta ya de historias tristes que parecen recrearse glorificando el triunfo de la injusticia! ¿Por qué todos los monarcas de Europa, en lugar de contestarle muy finamente, no hicieron algo por ayudar al desgraciado Luis? ¿Por qué aquel malvado zapatero Simón se atrevió incluso a levantarle la mano? ¿Y por qué aquella infame calumnia, que le obligaron a atestiguar en contra de las costumbres de su buen padre? ¿No comprendes, hijo mío, que ésa podría ser también nuestra propia historia?

Las dos y cuarto de la madrugada. Mi hijo continúa durmiendo y yo, mecido por su respiración, vuelvo a escribir a la luz de la vela que agoniza ya en el centro de la mesa. Silencio, ni un solo crujido. Pienso, pues, que será mejor que interrumpa aquí mis anotaciones y nos vayamos a la cama.

Día 20 de febrero. Santos León, obispo, y Nemesio. Seis de la tarde

No hemos salido de casa en todo el día. Continúa lloviendo. Manuelito, durante la mañana, estuvo dibujando flores en los cristales empañados del balcón. Después de comer se retiró a su habitación y, al quedarme solo, me pareció escuchar la respiración anhelante de alguna persona, acechando la otro lado de la puerta, tal vez con el oído pegado a la cerradura. Me acerqué sigilosamente, desenganché la cadena, abrí la puerta y sorprendí a la portera, escoba en ristre. La mujer, una alsaciana descomunal, tuvo la lengua fácil.

—Sí —dijo, justificándose—. Me pareció oír llorar a su hijo y pensé que estaba solo en casa.

—¿Piensa usted realmente que yo soy capaz de dejarle solo?

—Pues hace usted muy bien —replicó

ella—. Yo, en su caso, tampoco podría dejarle solo. A su lado, siempre a su lado. Crea que se me parte el corazón cada vez que veo a su pobre hijo. ¿Es cierto que esa infeliz criatura sólo puede ver por las noches, como los gatos?

—Muy cierto —le contesté, por pura chanza—. Mi hijo es nictálope y solamente puede ver durante las noches, a la luz de la luna, o durante el crepúsculo.

—La verdad es que no es el primer caso que conozco —suspiró la portera, como si realmente estuviese persuadida de que Manuelito era medio ciego—. Tuve un sobrino igual que su hijo.

—¿Igual que mi hijo? ¿Tenía, como Manuelito, el pelo de color blanco pálido y la nariz en forma de clarinete? ¿Era tan lánguido, débil y cobarde? ¿Era también sordomudo? ¿Era tan lascivo como mi hijo, al que debo tener siempre maniatado para que no se masturbe?

—No es necesario que entre usted en tantos detalles —dijo la mujer, sonrojándose.

—Sin embargo, no debe usted extrañarse por esa coincidencia, señora mía —le expli-

qué, empeñado en no perder el buen humor—. Su sobrino, como mi hijo, debió de crecer en cualquiera de esos valles angostos, en la alta montaña, en los que el aire no se renueva con la suficiente frecuencia.

Es así como algunos simples se empeñan en ver a Manuelito: con la piel amarilla oscura, ojos rosados que no pueden soportar la luz del sol y con una inteligencia apenas mayor que la de una bestia. Creen esos estúpidos, en fin de cuentas, que mi hijo es un cretino. Pero ¿qué saben ellos de sus alardes culturales en Méjico? ¿Qué saben ellos de su profunda y verdadera belleza, que sólo puedo captar yo, que soy su padre? ¿Le anhelarían tanto sus poderosos enemigos si fuese realmente un cretino?

(*Nota especial para monsieur Duhamel.* Tal vez sea interesante consignar que nuestra portera me hace pensar en una señora que tuve ocasión de conocer durante nuestros primeros días de estancia en España, concretamente en Toledo, y que cierta vez me confesó que se sentía profundamente compadecida de

la extrema miseria de las vestiduras de Manuelito. Aquella mujer, que declaró pertenecer a una sociedad religiosa, resultó ser a la postre uno de los más activos miembros de la Congregación española. No puede tratarse, sin embargo, de las mismas mujeres, porque nuestra portera, a la que he sometido sin que ella lo supiese a ciertas pruebas, es incapaz de articular ni una sola palabra en español.)

Día 21 de febrero. San Félix y san Lucio, mártires

Hoy, día 21 de febrero, es miércoles. Va con la tristeza. Va con el amarillo. Va con la desgracia. Va con la enfermedad. Va con la melancolía. Va con la locura. Y tiene su estrella. Hace un momento, al asomarme al balcón, he descubierto al hombre vestido de rojo. Se lo mostré a mi niño.

—¡ Helo ahí! —le señalé—. ¡ Helo ahí!

—Padre —intenta consolarme mi niño—. Conozco a ese hombre. No debes inquietarte. Va vestido de rojo porque persigue a los morosos. Fíjate bien en su rostro. No tiene nada de siniestro. Es únicamente un pícaro de siete suelas, contratado por algún acreedor para poner en evidencia a los que no le pagan.

—Pero, ¿va realmente vestido de rojo? —le pregunté, frotándome los ojos.

—Puestos a decir la verdad —respondió Manuelito—, creo que su traje es verde.

—¿Verde oliva?

—Verde rojizo.

—¿Cómo puede concebirse un verde rojizo? ¿No será, simplemente, rojo?

—Tal vez.

—¡ Eso es! ¡ No lo dudemos más! —exclamé—. ¡ Un rojo infernal!

—Estoy por afirmar, mi querido Duhamel, que esos desalmados, de alguna u otra forma, han conseguido introducir en nosotros un acusado daltonismo, que ni siquiera nos permite ya confiar plenamente en nuestros sentidos.

—¡ Triste destino el nuestro, si andamos por

ahí sumidos en la más lamentable de las confusiones cromáticas!

Día 21 de febrero. Siete de la tarde

Acabo de regresar del infierno. Ha sido una pesadilla espantosa, un horror prolongado, al menos durante un par de horas. Me acosté después de comer, a poco de sonar las cuatro campanadas en el reloj del Conservatoire. Y estuve entonces en el infierno, en el tremendo lugar de los castigos. Vi a los blasfemos, colgados por la lengua. Vi a las adúlteras, colgadas por los cabellos, sobre ardientes lodazales. Y vi a los niños que habían nacido fuera de sazón, puestos lejos de las llamas, pero pinchando los ojos de sus madres con flamígeros rayos.

—¿Por qué he tenido ese sueño espantoso? —me pregunto—. ¿Por qué he soñado precisamente con el infierno, cuando existen tantos

campos de flores con que soñar? ¿Por qué he soñado con niños monstruosos fulminando a sus madres, borrachas y adúlteras?

—¿Por qué? ¿Por qué? —le pregunto a Manuelito.

Y Manuelito, como siempre, sonríe.

P. D. A propósito de mis escrúpulos de hace unos días, al considerar los riesgos que podría entrañar para la comunidad la conservación de mi cadáver durante los días precisos para que se me practique la autopsia, le diré, señor Duhamel, que pienso escribir una carta a las autoridades municipales para solicitar que, si no lo hubiese, se instale en todos los cementerios de la ciudad un necrocomio, o, mejor todavía, unas cámaras frigoríficas con aparatos heladores que retrasen la corrupción de mi cadáver lo suficiente para que los investigadores tengan tiempo de descubrir las verdaderas causas de mi muerte.

Día 22 de febrero. Jueves. San Pascasio, obispo

Anoche pequé gravemente. Conturbado por extraños y poderosos sentimientos —a los que no fueron ajenos, tal vez, las insolentes palabras de la portera, cuando el otro día se refirió a mi joya—, intenté acogerme a esa religión pervertida que es la magia. Cometí la insensatez de recurrir a ciertas fórmulas secretas capaces, según antiguos libros, de devolvernos la felicidad perdida. Llamé al diablo y quise hablarle de mi amor. Pero el diablo, que no ama, tampoco quiso escucharme.

Como penitencia a mis desvaríos de ayer, me he condenado a no ver a Manuelito durante todo el día de hoy. Le he encerrado en su habitación, con una abundante provisión de agua y frutos secos, y me he obligado a permanecer de rodillas hasta medianoche.

Suenan, por fin, las doce campanadas. Pue-

do ya levantarme. Abro el balcón y lanzo contra las ventanas enemigas el limón que utilicé ayer para el inútil conjuro.

—¡Oh, Dios y Señor mío! —exclamo—. ¡Acuérdate de nosotros y devuélveme la alegría perdida!

Día 23 de febrero. San Policarpo y san Lázaro, monje

Esta mañana, al concederme la gracia de volver a ver a mi hijo, he llorado con amargura.

—¿Por qué me dijo esa horrible mujer que tú sólo puedes ver por las noches? —le pregunté.

Y Manuelito, glorioso como un pequeño dios, se sonrió indulgentemente.

Nota adicional. Once y media de la noche. Hasta hace un momento estuve velando en

el sueño de mi hijo. Se quedó dormido con los dos bracitos fuera de las mantas y me brindó de ese modo la ocasión de estudiar atentamente la pequeña mancha roja, en forma de albaricoque, que luce en su hombro derecho.

Quiero decirle ahora, Duhamel, que desde antiguo la gente ha venido exagerando sobre la influencia que la imaginación de la mujer embarazada puede tener sobre el feto. No creo de ningún modo que las ideas y las pasiones de una madre puedan llegar a modificar la forma y la vida del embrión. Las ideas no pueden materializarse, y ningún fenómeno puede manifestarse sin continuidad de vasos ni de nervios. Nada importa que el pensamiento aumente las secreciones y modifiquen el movimiento circulatorio, porque se trata, en fin de cuentas, de nuestras propias secreciones y nuestro propio sistema circulatorio. El feto se encuentra todavía en estado gelatinoso. ¿Cómo pueden entonces repercutir en él las sacudidas morales de la madre? Al cuerno, pues, con Heliodoro, cuando nos refiere la historia de aquella princesa etíope, negra como el ébano, que parió una niña blanca como la

nieve porque en el momento de la concepción y durante su embarazo había mantenido la mirada fija sobre una hermosa estatua de mármol de Paros.

¿Que por qué le explico ahora todo esto? Muy fácil, mi querido amigo: pretendo advertirle que esa excrecencia en forma de albaricoque que Manuelito tiene en su hombro, no puede guardar relación con el desordenado apetito que la malvada de su madre sentía por esas frutas, que yo tuve el acierto de prohibirle desde el primer día de nuestro infausto matrimonio.

Nada de lo que fue aquella mujer puede perpetuarse ahora en mi niño.

Día 24 de febrero. Vigilia de san Modesto, obispo

Nada especial. Esta mañana nos hemos armado de valor y estuvimos paseando durante

un par de horas por todas las calles del barrio. Quise que todo el mundo pudiese comprobar que mi hijo no es un cegato y que, sin necesidad de que le coja de la mano, es muy capaz de andar a buen paso. No vimos ni a Lorilleux, ni a Dupont, ni al vecino de la casa de enfrente. No vimos tampoco al hombre de la chistera. Nosotros no los vimos. Pero ¿nos vieron ellos a nosotros?

Hemos comido en el restaurante próximo a la Gare du Sud, perdidos mi hijo y yo entre un ejército de mozos de cuerda. Por la tarde, de regreso a casa, hemos visitado una librería de lance y, como compensación a su encierro del otro día, le he comprado un par de libros: la *Historia General de las Antillas*, del padre Du Fertre, y el *Diario del viaje del Abad de Choysey*.

Son ahora las once de la noche. Hasta hace poco Manuelito estuvo leyendo en su habitación. Hace un instante, sin embargo, apagó la luz. Entro en su cuarto para darle las buenas noches y me lo encuentro ya dormido, con el rostro vuelto hacia la derecha y sosteniendo todavía con su mano izquierda el grueso vo-

lumen de la *Historia General.* Durante media hora larga permanezco a su vera, acechando su respiración, observando su rostro angelical e intentando comprender el secreto de la verdadera belleza, tan inaccesible para muchos hombres. Un inoportuno acceso de tos, sin embargo, hace que mi hijo se despierte sobresaltado.

—Padre —me pregunta—, ¿por qué lloras?

Y yo le respondo:

—¿Quién es aquí el que llora?

Y él es lo suficientemente discreto para no insistir. Finge volver a quedarse dormido y yo continúo a su lado durante casi toda la noche.

(*Nota especial.* Observará, mi querido comisario, que en algunas ocasiones me permito utilizar el presente histórico como modo de acentuar los perfiles de algunas situaciones que, si bien han sido recientemente vividas, en el momento de recogerlas en el diario pertenecen fatalmente al pasado.)

Día 25 de febrero. San Modesto, obispo, y santa Primitiva

Nada digno de particular mención. Un sol espléndido contribuyó esta mañana a levantarme un poco el ánimo, tan decaído durante estos últimos días.

—Hijo querido —le he dicho a Manuelito, a primera hora—, las graves preocupaciones que conturban nuestras almas no han de servir de excusa para que descuidemos la belleza de tu cuerpo.

Fui a la cocina, eché un poco de harina en una jícara, le añadí un par de cucharadas de aceite común y estuve removiendo la mezcla hasta que adquirió la debida consistencia.

—Esto que aquí te traigo —le expliqué luego sentándome a su vera— es mucho mejor que esa innocua pasta de almendras, en la que tanto confían algunas mujeres.

Poco a poco, tras añadir a la pasta algunas

gotas de esencia de limón, fui frotando el rostro y las manos de mi Narciso, que resistió la enojosa operación sin una sola queja y que luego, en el restaurante al que nos han empujado nuestros enemigos, atrajo, por su suprema belleza, la admiración de todos los rudos comensales.

Mañana le prepararé algún aceite oloroso para los cabellos. El intento no resultará demasiado difícil, porque los aceites destinados exclusivamente para el tocador se componen de un aceite fijo aromatizado con una esencia cualquiera. Comúnmente el aceite fijo más utilizado es el de Behen. Se trata de mezclar luego los dos aceites, agitándolos con fuerza en un frasco. Solamente con eso queda preparado el aceite oloroso. La proporción más adecuada es la de cinco partes de aceite fijo por una de aceite volátil o esencia.

El único problema que se me podrá plantear es el de elegir la esencia olorosa más exquisita de cuantas se conocen en el mundo, porque la hermosa cabellera de mi niño, en justicia, sólo merecería un aceite especial, que tuviese al mismo tiempo las mejores virtudes

del aceite de limón, bergamota, espliego, azahar, clavo y romero...

Día 25 de febrero. Cinco y media de la tarde

El sol, que ha lucido sin interrupción durante todo el día, tiñe ya de rojo las altas chimeneas. El momento invita a las más profundas reflexiones.

—Algún día, hijo, te llevaré al sol —le digo a mi hijo.

—¿Y morir allí abrasados? ¿No es acaso el sol una gigantesca hoguera?

—Cuando se vive en el amor de Dios —le explico, santiguándome piadosamente— ni aun las más ardientes temperaturas pueden herir al hombre virtuoso. ¿No conoces por ventura la historia del horno de Babilonia, que encendieron siete veces más de lo acostumbrado y cuyas llamas, sin embargo, venían a ser como un viento fresco para las tres víctimas del cruel Nabuconodosor?

—Nunca he oído hablar de semejante horno —responde Manuelito, abandonando su silla y acogiéndose dulcemente en mis brazos.

—Pues aquellas mismas llamas, avivadas con betún, estopa, pez y sarmiento, se levantaron 49 codos por encima del horno y sirvieron para abrasar a los crueles caldeos.

—¿Vas a decirme, padre querido, que nuestros enemigos de hoy están emparentados de algún modo con aquellos caldeos?

—Bien pudiera ser —admití.

—¡Huyamos pues definitivamente de los congregacionistas! —exclamó mi niño, abalanzándose hacia la ventana—. ¡Volemos también nosotros hacia el sol, que abrasa a los impíos y recoge amorosamente a los justos!

—Tal vez no sea necesario marcharnos ahora, hijo —le detuve, procurando tranquilizarle—. Tal vez, sin necesidad de huir a ese lejano sol, consigamos encontrar aquí abajo nuestro Paraíso Terrenal.

—¿Existe todavía el Paraíso, padre?

—Existe, hijo. No he leído jamás en los antiguos escritores ni en los Padres de la Iglesia que hubiese sido destruido por Dios.

—Pero, ¿cómo saber dónde está? ¿Cómo encontrarlo?

—Corriendo detrás de nuestro amor, hijo mío. Siguiendo el largo camino que señalan nuestras lágrimas.

—¿Quieres pues que lloremos ahora juntos?

—¡Sí, lloremos, lloremos! —le respondí, abrazándole fuertemente.

Y así, sin más, entrañablemente unidos, nos pusimos a llorar hasta que se hizo de noche.

Día 26 de febrero. San Cesáreo

Esta tarde, en la ventana de la casa de enfrente, reapareció el vecino del largo gabán. Cuando dieron las tres campanadas en el reloj del Conservatoire, lanzó un largo silbido, sin necesidad de llevarse los dedos a la boca, habilidad que siempre he admirado. Un instante más tarde aparecieron otros cuatro individuos, cada cual en una ventana distinta. Uno de ellos desplegó un enorme catalejo y enfocó

descaradamente nuestro balcón. Los otros tres y el vecino del largo gabán se retiraron entonces de las ventanas. Diez minutos más tarde, cansado sin duda de espiarnos, el hombre del catalejo se fue y casi al mismo tiempo apareció otro hombre en la ventana de la izquierda. Éste, sin embargo, no utilizó ya ningún catalejo, limitándose a formar una pantalla con las manos. Se fue también este espía y aparecieron luego, sucesivamente, los otros dos que faltaban, cada uno en su correspondiente ventana. Supuse que habían establecido un sistema de relevos. Me dije entonces que el mejor modo de desconcertarlos era salir al balcón, dándoles a entender de ese modo que nada me preocupaban sus acechanzas.

Lo hice así, pero entonces ellos fingieron no verme o, por lo menos, aparentaron no concederme la menor importancia. El del catalejo, por ejemplo, se mostró súbitamente interesado por todas las mujeres jóvenes que pasaban por la calle. Reclamé la presencia de mi hijo en el balcón y juntos nos estuvimos riendo a mandíbula batiente hasta que se hizo de noche.

Día 27 de febrero. Santos Néstor y Alejandro, obispo

Esta mañana alguien ha deslizado un sobre por debajo de la puerta. He aquí, reproducida íntegramente, la extraña misiva que me han enviado:

Querido señor:

Procúrese usted zumo de saúco y siempreviva mayor, por partes iguales, y puestos en canutos verdes de caña de pescar bien tapados, para que no les entre el agua, los pondrá a hervir empinados y que sobresalgan del agua un dedo, y atados al asa de una olla, hasta que con el cocimiento se pongan blancos y pierdan verdor.

Después los conservará en parte fresca, y con este ungüento, verde y fresco, untará el espinazo y los riñones de su hijo una o dos veces al día, y así proseguirá gastando un ca-

nuto en cada untura, hasta diez, poniendo siempre encima hojas frescas de las que lleva el tiempo, como de parra, lechuga, etc.

Éste, señor mío, es el mejor remedio que se conoce para niños entecos, y con él se hizo famoso un médico que, a su vez, había recibido la receta de un misionero...

Desisto de continuar reproduciendo tanta insensatez. La carta me ha llegado sin firma. Que sus expertos, monsieur Duhamel, la estudien concienzudamente: queda entre las páginas del Diario. Pero la verdad es que no resulta demasiado difícil reconocer en ella la tortuosa escritura de nuestra portera, que parece empeñada en pensar que Manuelito tiene precisión de prodigiosos ungüentos.

Por lo demás, nada de particular. No he visto hoy a ninguno de los hombres que ayer descubrí asomados en las ventanas de la casa de enfrente. Este mediodía, camino de nuestro restaurante secreto, nos hemos cruzado con monsieur Dupont. Pensé que, luego de mi espantada del otro día —creo que fue el día 16—, resultaba conveniente adoptar con ese

miserable tendero una actitud cortés y serena, que le llevase al convencimiento de que mi sistema nervioso, pese a tantos sobresaltos, se mantiene firme.

—¿Qué me cuenta usted, monsieur Dupont? —le pregunté, deteniéndome al llegar a su altura—. ¿Qué nuevas le trajo su esposa de su señora madre política?

—La infeliz señora murió —respondió Dupont, fingiendo una pesadumbre que con toda seguridad estaba muy lejos de sentir—. Mi esposa regresó ayer de Calais con la triste noticia.

—¿No le parece a usted, mi buen amigo —le dije entonces, con aire negligente—, que hoy en día se está muriendo gente que no se había muerto nunca?

Insinué apenas una sonrisa, le miré en derechura a los ojos —dándole a entender que estaba en el secreto de sus actividades clandestinas, pero que ello me traía sin cuidado— y, sin cambiar ya más palabras, continué calle abajo con Manuelito firmemente sujeto de la cuerda.

Día 28 de febrero. Santos Leandro, Baldomero y santa Honorina

En este momento están dando, en el Conservatoire, las doce campanadas de medianoche. Acabo de dejar a mi hijo en la cama, bien arropadito. Hemos rezado juntos a san Leandro, a san Baldomero y a santa Honorina, que iluminan hoy con sus nombres el calendario de los hombres piadosos. Y hemos rezado también —aun cuando hoy no se celebre su festividad— a san Sebastián, insigne protector de afligidos, desconsolados y menesterosos, que ponen su confianza en Dios y esperan de su benignísima mano el remedio a sus aflicciones y necesidades.

Antes de finalizar nuestras oraciones a san Sebastián, sin embargo, Manuelito se quedó dormido. Así que hace un momento he apagado la luz de su habitación y vuelvo otra vez a

estar aquí, en la pequeña mesa circular, junto a la ventana.

Consigno ahora que esta mañana apareció un nuevo rostro en las ventanas de la casa de enfrente: el de una mujer enorme, vestida de verde, que se pasó más de quince minutos fingiendo sacudir el polvo de una alfombra minúscula.

Día 1 de marzo. Santos Rosendo y Albino

Esta mañana, mientras comprobaba el margen de seguridad que ofrece el pestillo de la ventana que da al patio de luces, llegó hasta nosotros, distintamente, el sonoro rasgueo de una guitarra. «No sabía que en el Conservatoire enseñasen también a tocar la guitarra», me dije.

Y la imaginación se me escapó hacia España, ese romántico y extraño país, al que llegamos a primeros de marzo del año pasado, tras de nuestra breve estancia en Cuba.

¿Desea usted, monsieur Duhamel, que le hable ahora de aquellos tremendos contrastes, de aquellos mágicos juegos de luces y sombras, de aquellos dignísimos caballeros y de aquellos siniestros bigotudos que, amarillos de envidia, nos acechaban por las esquinas disfrazados de toreros?

Nos establecimos en Madrid pensando que La Habana, en fin de cuentas, quedaba demasiado cerca de nuestros enemigos. Aquello, sin embargo, fue una grave equivocación, porque muy pronto tuvimos ocasión de comprobar que en la capital de España los caballeros con chistera eran todavía muchísimo más numerosos que en Méjico. Llevaba en mi poder una carta de recomendación para el embajador Constantino Valladares, que no surtió el menor efecto. Valladares, taimado y retorcido —había sido embajador en tiempos del emperador Rodolfo, pero supo jugar luego con habilidad la carta de Carmona—, insistió en recomendarnos mucha calma.

—Lo único que les pido —nos aconsejó—, es que no vayan ustedes a provocarme un conflicto diplomático.

Conseguimos, tras mucho insistir, que nos proporcionase una carta de recomendación para el conde de Ríoverde, quien, a su vez, hubiera debido introducirnos en la Corte. El conde, un hombre de amplias y mullidas posaderas, nos citó en su propio palacio toledano.

—¡Vamos, vamos, señor mío! —exclamó, luego que le hubimos expuesto nuestro problema—. ¿Por qué esas ridículas aprensiones? ¿Quién se va a preocupar de ustedes en España? ¿No han advertido todavía que viven ahora en un país maravilloso —sin duda, el mejor país del mundo—, donde se canta y se baila por las calles? ¿Creen ustedes que vivimos todavía en los tiempos de la Inquisición? ¡Ea, señor Zambrana, arriba esos ánimos! ¡Olvide sus preocupaciones y cantemos a dúo una jota, que es el canto de los hombres bravos!

Observé que el señor conde, mientras decía todo eso, no apartaba la mirada de Manuelito.

—¿Por qué no vienen ustedes a visitarme en cualquier otro momento? —nos preguntó finalmente.

Todavía hoy, pensando en aquel ilustre ca-

ballero, no sé si pertenecía también a la Congregación o si se trataba únicamente de un viejo pederasta a quien puso sobre ascuas la exquisita belleza de Manuelito.

Día 2 de marzo. Santos Simplicio, Lucio y Absalón

Me he pasado toda la tarde releyendo cuanto llevo escrito en este diario y pienso que las anotaciones correspondientes al día de ayer son muy atinadas. Quiero añadir ahora, sin embargo, que en España tuvimos oportunidad de conocer otros personajes tan ambiguos como aquel extraño conde. En Madrid, como ya le expliqué ayer, vimos muchos hombres con chisteras. Pero ¿eran realmente congregacionistas? No es España, ciertamente, un país donde la gente pueda identificarse con facilidad.

—¡Ah, sí, mi prenda adorada! —le he di-

cho hoy a Manuelito, recordando nuestro desconcierto de aquellos días—. ¡Cuán mejores son estos tiempos de ahora! Porque ¿no es cierto, mi querido niño, que ahora podemos distinguir a todos nuestros enemigos? ¿No es cierto que hoy somos incluso capaces de identificar a los subagentes de los agentes, y que ninguno de ellos puede acercarse a nosotros impunemente?

(*Nota especial para el comisario Duhamel.* Deseo precisar, no obstante, que los escasos congregacionistas que pude identificar claramente en España parecían mucho menos contumaces y siniestros que los que he conocido en Francia. Puede que el hecho de que aquí hablen en francés contribuya a dar a los congregacionistas galos un aire nasal, hipocritón, lleno de afectados carraspeos y de cantarinos gargarismos. Quiero decir, en suma, que los congregacionistas españoles resultaban menos identificables que los franceses, pero, al mismo tiempo, mucho más simpáticos y, desde luego, sin ese ridículo aire de superioridad

que tanta gracia nos hace a los verdaderos latinos.)

Día 2 de marzo, tres de la madrugada

Esos vecinos, desde que cerró la noche, nos están espiando. Lo hicieron también durante gran parte del día. Mientras hubo luz, se hicieron señales con ropa blanca que aparentemente ponen a secar al sol. Ahora, con la oscuridad, continúan haciéndose señales con extraños cuerpos brillantes. He comprobado el cerrojo y la cadena de la puerta. He comprobado también el balcón y las ventanas de las habitaciones interiores.

Pienso pasarme toda la noche junto al balcón, hasta que desaparezcan esas diabólicas luces, que no dejan de moverse ni un momento.

Día 3 de marzo. Santos Medín, labrador, y Fortunato, mártir

Estuvimos durmiendo durante casi toda la mañana. Sobre las dos de la tarde hemos comido en el restaurante de la Gare du Sud. Hoy, sin embargo, nuestros enemigos han conseguido localizarnos. Cien metros después de salir del figón, advertí que nos seguía un caballero vestido de oscuro. Le reconocí inmediatamente como un agente de la Congregación. Allí estaba, para demostrarlo, la reluciente y ostentosa chistera. Apretamos el paso, acabamos corriendo, y el hombre, dando pruebas de una extraordinaria zancada, se mantuvo siempre a la misma distancia.

—Mientras sea de día, no se atreverá a atacarnos —me dije.

Entonces solamente eran las tres de la tarde. Durante una hora larga continuamos dando vueltas, en un desesperado intento por des-

pistarle. Al llegar a la orilla izquierda del Sena, comprobamos, sin embargo, que el misterioso caballero nos había tomado la delantera. Al descubrirnos estalló en una estruenda carcajada, y los patos se sobresaltaron y remontaron el vuelo. A juzgar por su actitud, pensé que no parecía importarle mucho que todavía fuese de día para dar fin a su execrable objetivo. Hizo ademán de sacar un puñal de su gabán y principió a acercarse lentamente hacia donde nos habíamos quedado nosotros, paralizados por el terror. Entonces, sacando fuerzas de flaqueza, cogí a mi hijo en brazos, recogí la cuerda y corrimos a refugiarnos en la garita del centinela del cuartel de Saint Honoré.

—¡Largo, largo de aquí! —nos gritó el soldado.

—¿Cómo quiere usted que nos marchemos, si nos quieren asesinar? —le expliqué, temblando—. ¡Fíjese en aquel hombre!

—¿En qué hombre?

A buen seguro que el pobre soldado —un muchacho de ojitos porcinos, aureolados de blancas pestañas— no fue capaz de verle dete-

nido en una esquina, a cincuenta metros escasos de distancia. Pese a lo comprometido de nuestra situación, no pude menos de pensar que era injusto que aquel infeliz mocetón hubiese sido declarado apto para el servicio militar.

—¿En qué hombre?

—¡Véalo, véalo, ahí le tiene! —le señalé, alargando el brazo—. ¡Vestido de oscuro y con ese gigantesco sombrero que distingue a todos los congregacionistas!

—Si continúan aquí, me crearán problemas —protestó, incapaz de ver a un palmo de sus narices.

Y con la culata del fusil nos empujó fuera de lo que debía de tener consideración de zona militar. No le enternecieron los lloros de mi niño.

—¡Vamos, fuera de aquí! —repitió.

No nos quedó más remedio que marcharnos. Y seguidos de cerca por el agente de Carmona, al que no hubo forma humana de despistar, conseguimos por fin llegar a casa cuando faltaba poco para que cerrase la noche.

Tras la angustiosa experiencia de hoy, hemos decidido limitar al máximo nuestras salidas a la calle. Mañana, a primera hora, compraré provisiones suficientes para mantenernos sin salir de casa durante un mes. Durante los próximos treinta días permaneceremos encerrados en nuestro refugio. Es de esperar que, de aquí hasta entonces, esos villanos cesen por fin en su empeño.

(*Nota especial para mi admirado comisario, monsieur Duhamel.* Son ahora poco más de las doce de la noche, pero ahí siguen los vecinos, con sus luces rojas, que se balancean continuamente de un lado a otro.)

Día 4 de marzo. San Casimiro, rey

Lista definitiva de las provisiones compradas, en el día de hoy, en la tienda de monsieur Puyparlier:

Un kilo de espaguetis.
Dos kilos de arroz.
Dos kilos de patatas.
Dos litros de aceite de oliva.
Dos kilos de fréjoles.
Dos litros de vino blanco.
250 gramos de mantequilla de Alsacia.
300 gramos de champiñones.
500 gramos de espinacas.
Una ristra de ajos.
Cuatro berenjenas.
Media docena de apios.
Cuatro pimientos verdes.
Un corazón de lechuga.
Media docena de limones.
Media docena de huevos.
Dos kilos de pan.
Tres litros de leche.
Un paquete de sal.
Pimienta.
250 gramos de queso parmesano.
Frutas secas diversas, en cantidad.
Una tableta de chocolate de piedra.

Fueron necesarios tres viajes para trasladar todas esas provisiones desde la tienda de Puy-

parlier hasta nuestra despensa, pero todos esos esfuerzos quedarán muy pronto compensados. Para hoy, por ejemplo, tengo pensado preparar un plato exquisito, que hará, a buen seguro, las delicias de mi hijo. Echaré, en una cazuela, un poco de mantequilla y aceite. Pondré luego la cazuela sobre el fogón y, cuando la mantequilla se haya fundido, añadiré cien gramos de champiñones cortados finamente. Los dejaré en el fuego hasta que se doren y en seguida agregaré a la mezcla cien gramos de espinacas, un poco de ajo picado y un trocito de apio trinchado. Añadiré la cantidad suficiente de sal, y durante diez minutos —aunque me resulte algo difícil controlar esa fracción de tiempo— dejaré que todo se cueza a fuego lento. En otra cazuela, mientras tanto, habré hervido ya los espaguetis al dente, es decir, un poco crudos. Los cubriré finalmente con el condimento y de ese modo podré ofrecer luego a mi prenda adorada un plato digno de un cardenal.

¿Qué necesidad teníamos nosotros de acudir a restaurantes de dudosa reputación y de

exponernos, cuando menos, a la insana curiosidad de las gentes?

A partir de hoy, día de san Casimiro, saldremos a la calle únicamente para reponer nuestras provisiones. Pero pasará bastante tiempo antes que eso sea necesario.

Día 5 de marzo. San Pelegrino, mártir

—¿Cómo me ves tú, alma mía? —le he preguntado hoy a mi hijo—. ¿Cómo ves a tu padre, que tanto te ama? ¿Me ves tú también como me ven los otros?

—Yo no puedo saber cómo te ven los otros —respondió Manuelito juiciosamente—. Pero, para mí, eres sin duda el hombre más apuesto de cuantos hay en el mundo.

—¿Me ves realmente apuesto?

—¡Ay, padre querido! ¿No sabes acaso que tienes los ojos azules, redondos, brillantes y muy abiertos, como si siempre anduviesen en

busca de la luz? ¿No sabes que, a pesar de tus graves preocupaciones, te mantienes siempre erguido, con la frente levantada?

—¿No piensas pues, hijo mío, que mi continente carece de calma? ¿No crees que eso me resta dignidad?

—¡Oh, nada de eso! —protestó mi prenda adorada—. ¡Tu fisonomía respira la convicción de tu propia importancia y de tu indiscutible superioridad!

—Pero, ¿y mis rasgos, fatigados y enflaquecidos? ¿Y mi boca, que ha perdido casi todos sus dientes y tiene siempre los labios contraídos en una sonrisa forzada? ¿Y mis dedos, siempre en continua agitación? ¿Vas a decirme acaso que no soy tal como me reflejan los espejos?

—Pese a todo lo que puedas pensar, querido padre —repuso finalmente mi niño—, eres el padre más apuesto del mundo. Ninguno puede resistir tu comparación. Y eres, además, el mejor cocinero.

¡Oh, mi inestimable alhaja! ¡Qué generosidad la suya, al no conceder la menor importancia a mi fracaso de ayer con los espaguetis!

¡Qué modo tan gentil de darme a entender que un vulgar problema de cocina no podrá jamás enturbiar nuestro amor!

(*Nota especial para monsieur Duhamel.* Debo confesarle, mi querido comisario, que algunas veces, al contemplarme en el espejo, me siento bastante preocupado. Hace años, en mi Cuernavaca natal, conocí a un pobre campesino que acostumbraba a exhibirse por las calles sin más ropa que una camisa muy corta que apenas llegaba a cubrirle sus partes pudendas. ¿Sabe usted, Duhamel, que la expresión de mi rostro me recuerda en ocasiones a la de aquel infeliz? Las palabras de mi hijo, al decirme esta mañana que mi fisonomía respira la convicción de mi superioridad, han contribuido sin embargo a devolverme en parte la tranquilidad.)

Día 6 de marzo. San Olegario, arzobispo

Hoy hace tres días que no salimos de casa. Nuestros feroces enemigos, en las esquinas, deben de estar desesperándose. Aquí estamos a salvo. Nada pueden importarnos las piernas ortopédicas, las cojeras lascivas y la sorda irritación de esos falsos vecinos que continúan acechando por detrás de sus ventanas. Nada nos importa tampoco la lluvia, que no ha desaparecido completamente durante estos tres últimos días. Estando en nuestro nido, ¿qué puede importarme que llueva precisamente de arriba abajo?

He llegado a la conclusión, monsieur Duhamel —porque, vuelvo a repetírselo una vez más, este diario está escrito pensando sobre todo en usted—, de que lo peor no es ser pequeño, sino ser incapaz de administrar convenientemente nuestra pequeñez. ¡Ah, sí, mi

querido amigo! ¿Usted se imagina lo hermoso que sería pasar completamente inadvertido? ¿Usted se imagina qué inmensa felicidad, si tuviésemos la suficiente ciencia para administrar debidamente nuestra pequeñez, sin pretender alcanzar lo que queda fuera de nuestro alcance?

¡Oh, sí, qué gozo si Manuelito, conservando toda su belleza, se hiciese al mismo tiempo tan pequeño que sólo pudiese descubrirle y anhelarle yo! ¡Qué maravilla si mi hijo fuese como una de esas estrellitas que brillan ignoradas en un rincón del cielo, fuera del alcance de esa turbamulta de astrónomos codiciosos!

Esta mañana he vuelto a encontrar otro mensaje anónimo. «Si el remedio del otro día no le dio resultado —me aconsejan—, coja a su hijo y sumérjalo en un gran baño de agua caliente, a excepción, por supuesto, de la cabeza, que deberá cubrirle completamente con un gorro de franela bien tupido. Añada al agua media libra de mostaza y sal, y veinte libras de pasta de harina de avena. Después de veinte minutos en la bañera, saque usted a su hijo del agua y dele fuertes fricciones por

todo el cuerpo. Repita el tratamiento durante una semana, y verá cómo a partir del sexto día el niño es ya capaz de articular alguna palabra...»

—Está muy claro, ángel mío —le he explicado a Manuelito, mostrándole la carta—. Esos desalmados buscan por todos los medios el modo de desmoralizarnos.

Para enviarme tan absurdas misivas, los congregacionistas se sirven, a buen seguro, de la portera. Debo pensar, pues, que esa mujer, de una u otra forma, pertenece también a la Congregación, aun cuando lo sea únicamente en calidad de subalterno o auxiliar de poca monta. En el infierno, según las más autorizadas opiniones, viven nada menos que cuarenta y cinco millones de diablos, pero no todos son de primera categoría. Bajo Satán, al que todos los demonios rinden culto, existen príncipes poderosos, embajadores, ministros, directores generales, funcionarios de alto rango, subsecretarios, jefes de negociado, amanuenses, servidores e incluso bufones. En ese otro infierno de la Congregación, por lo tanto, la portera será uno de esos confidentes de ínfima

categoría —que se toleran, más que por el valor de sus confidencias, por su torpe entusiasmo— adscritos al servicio de información, aunque sea sin sueldo y sin esperanza de promoción.

Téngalo, pues, en cuenta, Duhamel. Si nos ocurre algo, esa mujer deberá ser también considerada culpable. Todos sus hombres deben tenerlo muy presente, así que, para que puedan identificarla fácilmente, les diré ahora que es una mujer corpulenta, como de cincuenta años, con el pelo recogido en un gran moño y mirada de ave rapaz que centellea cuando se la contradice. Viste por lo general de negro —color que sirve de refugio a tanta pecadora— y suele llevar las medias sujetas con unas cintas de color rojo, por lo general un poco más arriba de la rodilla, de forma que, a poco que se incline, deja al descubierto las piernas, que sospecho llenas de varices.

Día 7 de marzo. Santas Perpetua y Felicidad

He ahí todavía al minúsculo insecto. Le ven
go observando durante toda la tarde. De ve
en cuando, cautamente, asoma la cabeza po
el pequeño orificio y agita por un instante la
antenas. Hace un par de horas —poco ante
de retirarse a su habitación—, Manuelito in
tentó acariciarle con la yema del índice, per
el muy ladino supo retirarse a tiempo.

—Lo que deberíamos hacer a partir de hoy
hijo querido —le expliqué entonces—, e
aprendernos muy bien la soberana lección qu
nos está dando esa diminuta criatura. Hel
ahí, en lo más profundo de su agujero, so
biendo a solas el delicioso néctar de las tinie
blas. Estando en su rincón, nada le importa
nada le preocupa, nada le amenaza. Todo e
para ella una continua fiesta. Silencio, reposo
paz y soledad. ¿No son acaso ésos los biene
más apetecibles? Imagínate, hijo mío, qu

nuestro pequeño insecto, al caer la tarde, se aburre. ¿Sabes qué es lo que hace entonces? Nada más sencillo: cierra los ojos y empieza a soñar oyendo cómo la tormenta, a lo lejos, rueda lentamente. «Ahí estarán ahora todos los desheredados de la fortuna, arrebatados por el huracán», piensa. Y la dulce soledad de su nidito, con el contraste, se puebla de entrañables violines.

Estoy convencido, efectivamente, de que también nosotros, como el insecto, debemos permanecer en nuestro nido mientras esos halcones, disfrazados de chamarileros, acechan en lo alto de la colina. «Sepamos encontrar en nuestra casita ese morboso regustillo de decepción que sirve de consuelo a los esclavos», le expliqué a mi hijo.

—Pero ¿quién es aquí el esclavo? —protestó entonces Manuelito, encendiéndose—. ¿Quién es aquí el que ha perdido el honor? ¿Somos nosotros o son ellos? ¿Crees tú, padre mío, que ellos, pese a todo su poder, pueden considerarse libres? ¿No crees tú que nuestra esclavitud es también la esclavitud de ellos y la negación definitiva de cualquier vir-

tud que esos malvados pretendan atribuirse?

—Sea usted razonable —me ha dicho esta mañana la portera, cuando vino a retirarnos la basura—. Salgan de ese agujero y váyanse por ahí a dar una vuelta.

¡Oh, estúpida mujer! ¡Me pide que sea razonable! ¿Y qué cosa es la razón? ¿No es arbitrario, ilógico y, sobre todo, injusto, considerar a la razón como el principal medio para identificar a los hombres? ¿Existe algo más variable, tan diferente en su modalidad, tan modificable y, sobre todo, tan motivado por los estados pasionales y afectivos?

Ahí continúa todavía el insecto, monsieur Duhamel: que nadie le despierte, porque tal vez, como decía el poeta, esté soñando en este preciso instante su libertad.

Día 8 de marzo. San Apolonio

Esta mañana he recontado cuidadosamente nuestras provisiones. Los cálculos no han po-

dido ser más optimistas ajustando un poco las raciones, podemos alimentarnos durante treinta y siete días.

—¡Nada menos que treinta y siete días! —les he gritado a los vecinos de la casa de enfrente, en son de desafío.

Ellos continúan anclados en sus ventanas, leñosos e insensibles, sin más vida aparente que la que demuestran, de vez en cuando, con algún rápido y furtivo parpadeo. La mujer vestida de verde, que descubrí por primera vez el pasado 26 de febrero, es, con ventaja, la campeona indiscutible de esa especie de torneo que parece entablado entre nuestros enemigos para proclamar al más concienzudo y obstinado en el espionaje. Hoy, sin exagerar, esa satanasa ha permanecido asomada a su ventana un total de seis horas, tres por la mañana y tres por la tarde, con un corto intervalo de apenas media hora.

Pero ¿qué nos importan ahora esos villanos? ¿En qué pueden incomodarnos, mi querido Duhamel, si disponemos de alimentos suficientes para permanecer treinta y siete días sin necesidad de abandonar nuestro nido?

¿Va a aflojarse la cadena de nuestra puerta sólo porque ellos permanezcan continuamente asomados a sus troneras?

Hoy, por lo demás, ha sido un día plácido, que mi hijo y yo hemos dedicado por entero a inocentes juegos. Esta mañana, aprovechando que el sol penetraba a raudales por la ventana del cuarto de Manuelito, estuvimos durante un buen rato jugando a sombras chinescas, entretenimiento en el que puedo considerarme un verdadero maestro. Sobre la pared, precisas y distintas, aparecieron como por arte de magia las siluetas del gato, del conejo y de la jirafa. Luego, cuando llegó la primera nube y el sol se fue, eché por encima de los hombros de Manuelito la cortina roja del pasillo y le convertí en rey.

—Sí —le dije—. Tú eres el rey. Tú eres el único monarca que existe en el mundo y yo soy el más humilde de tus vasallos.

Me arrodillé a sus pies e incliné la cabeza, en actitud reverente.

—¡Háblame en latín! ¡Háblame en latín! —le imploré.

Y mi hijo preguntó:

—*Pater, ubi est víctima holocausti?*

Y yo le contesté:

—*Deus providebit sibi víctimam holocausti, fili mei.*

Y mi niño, envolviéndome con una dulce mirada, exclamó:

—*Qui maledixerit patri suo, morte moriatur.*

Y yo, enardecido, le pregunté entonces:

—¿Qué necesidad tienes tú, tesoro mío, de otros niños? ¿Qué necesidad tienes tú, mi dulcísimo Séneca, de entregarte a juegos violentos con esos galopines morunos que corren, sudan y se exponen luego a terribles pulmonías? ¿Qué necesidad de brutalidades, saltos, zancadillas y puñadas o, como hacen los niños españoles, de correr delante del toro mientras sus padres, protegidos por sólidos escudos, azuzan a las bestias pinchándolas en los ijares con largas cañas?

Me viene ahora a la memoria, monsieur Duhamel, la especialísima forma de actuar de los congregacionistas españoles. ¿Querrá usted creerme si le digo que, en cierta ocasión, recurrieron incluso a esos terribles cornúpe-

tas? ¿Podrá usted imaginarse a un elegante caballero como yo, pañuelo de seda en mano, intentando burlar a uno de esos espantosos animales que no hacen apenas otra cosa que orinar y dar a diestro y siniestro terribles cornadas? Recuerdo, por ejemplo, aquella tarde que estuvimos en el palacio de Valladares. El embajador se mostró más frío y distante que nunca, y al término de la entrevista llegué a la conclusión de que jamás podríamos sacarle algo positivo.

—Al margen de cualquier consideración —nos dijo—, debo hacerle notar que en esta embajada se han recibido ya algunas presiones.

—¿En qué sentido? —le pregunté.

—En el sentido del no-sentido, no me venga ahora exigiendo explicaciones —respondió Valladares, bajando el tono de voz. Y para rubricar sus palabras lanzó una cautelosa mirada circular, como temiendo encontrar algún espía tras las bruñidas armaduras del salón.

—¿Fue tal vez el señor conde de Ríoverde?

—No pienso citar nombres —dijo Valladares—. Pero, de cualquier forma vengan a ver-

me después de Pascua, y volveremos a hablar del asunto. No crean ustedes que me cierro a cualquier posible entendimiento.

—¿Cree realmente Vuestra Excelencia que podremos resistir hasta Pascua?

—Deberán intentarlo —nos dijo.

Media hora más tarde, de regreso a casa, sufrimos nuestro primer atentado. Al doblar una esquina, nos encontramos inesperadamente con un enorme toro. Otro toro, que apareció a nuestras espaldas, acabó con cualquier posibilidad de retirada. «He ahí la siniestra mano de la Congregación —le expliqué a Manuelito—. Se valen precisamente de esos animales míticos —protagonistas de una fiesta bárbara y trasnochada— para intentar apoderarse de ti, que eres la luz y el progreso.»

Un hábil quiebro, con mi hijo en brazos, me permitió burlar a los dos cornúpetas cuando, en algún secreto palco, la siniestra presidencia debía de estar ya frotándose las manos. ¿Se da usted cuenta, monsieur Duhamel, de los peligros que tiene que arrostrar un padre cuyo único pecado es amar apasionadamente a su hijo?

Son en este momento, mi querido y respetado comisario, las dos y media de la madrugada, pero la vigilancia, en las ventanas de enfrente, continúa: ahí están las luces rojas, moviéndose lentamente de izquierda a derecha, o de derecha a izquierda, según por donde empiece a contarse.

Nota adicional. Le aseguro formalmente. Duhamel, que mi animadversión hacia los toros y a todo lo que se relacione con ellos no tiene nada que ver con esa extraordinaria potencia genésica que se les atribuye, ni tampoco a la indiferencia que ellos demuestran por la libérrima conducta que observan las vacas que una vez fueron suyas.

Día 9 de marzo. Santo Domingo, sabio

A partir de mañana, la portera no subirá a retirarnos la basura. La muy ladina aprovecha

siempre esa oportundad, en la que no me queda otro remedio que abrirle la puerta, endilgarme cualquier estúpido sermón, en el que no me resulta extremadamente difícil adivinar las secretas consignas de la Congregación. Porque estoy ya plenamente convencido, monsieur Duhamel, de que ella pertenece también a la Congregación. ¿De dónde puede sacar, si no, esa viveza de gestos, esa movilidad en su fisonomía y esas actitudes humildes que caracterizan a todos los secuaces de Carmona?

—No debería usted asustarse por las noches —me ha dicho esta mañana, al retirar el cubo.

—¿Quién le ha dicho a usted que me asusto?

—Algunas noches se le oye gritar. Yo misma puedo escucharle desde la portería.

—¿Y cómo pretende usted que en ocasiones no grite? ¿Quién puede permanecer tranquilo y en silencio con esos miserables de ahí enfrente, que no dejan de espiarme y de hacerse señales?

—Sepa usted, señor Zambrana —me dijo entonces la portera—, que en esa casa viven

los sastres y los planchadores de su Majestad Imperial, y que lo que usted ve por las noches no son señales, sino el fuego de los hornillos encendidos.

Pensé, monsieur Duhamel, que no valía la pena perder el tiempo hablando con esa abominable mujer, en la que sospecho una decidida inclinación por el ajenjo. La despedí a cajas destempladas y le di con la puerta en las narices. Si he citado ahora sus estúpidas palabras es sólo para que usted las tenga en cuenta a la hora de pedir responsabilidades por la parte de culpa que a ella pueda corresponderle.

Queda ya muy claro, por tanto, que a partir de mañana seré yo mismo quien baje el cubo de basura hasta el portal. En la operación emplearé solamente cuatro o cinco minutos, tal vez seis, y durante todo ese tiempo, para evitar cualquier sorpresa desagradable, Manuelito permanecerá encerrado en su habitación.

Día 10 de marzo. San Melitón

—Padre —me ha dicho esta tarde mi hijo—, debes tener siempre muy presente que la boca se ha hecho para comer, beber y hablar, y que las narices se han hecho para respirar y que, lo más natural, es que se respire por las narices y no por la boca.

—¿Ha descubierto ya mi príncipe que su padre respira siempre por la boca? —le pregunté, avergonzado.

—Así es, padre mío —me respondió—. Y con ello haces muy mal porque, respirando por la boca, el aire frío influye perniciosamente en las membranas de tus bronquios y de tus pulmones, produciéndote irritaciones e inflamaciones locales, reúma y bronquitis. ¿No sabes que, si respiras sólo por la nariz, el aire, que se calienta al contacto con las fosas nasales, llegará a tus bronquios en mejores condiciones?

Luego de la recomendación de Manuelito, me he pasado todo el día respirando ostensiblemente por la nariz, con la boca cerrada. Creo que ahora me encuentro mucho mejor. Pero aun cuando me encontrase peor, continuaría respirando por la nariz, porque en nada quiero contrariar a mi hijo.

Día 11 de marzo. San Eulogio

Nuestros vecinos parecían hoy especialmente encolerizados. La cosa empezó esta mañana, poco antes del mediodía, con un rumor apenas perceptible. Me acerqué cautelosamente al balcón y, a través de la celosía, descubrí la ropa blanca de siempre, agitándose al viento.

—Helos ahí, haciéndose otra vez señales —me dije.

Y de pronto, cuando sospecharon que los estaba espiando, salieron a sus correspondientes ventanas y agitaron frenéticamente los pu-

ños, amenazándome. Fue una explosión de odio conjunta que sirvió a todos esos «sastres» y «planchadoras» para mostrar, por un momento, sus verdaderos rostros. Me llamó especialmente la atención la voluminosa mujer vestida de verde. Sus enormes senos descansaban por completo sobre el alféizar de la ventana y blandía, en la mano derecha, un largo y grueso rodillo con el que hubiera podido partir la cabeza a un toro.

Pensé que valía la pena aprovechar aquella ocasión.

—He ahí esa mujer —le señalé a mi hijo.

—Sí, la veo —respondió.

—¿Has pensado que, salvando las distancias, podría ser tu madre?

—Hubiera podido serlo.

—¿Y crees tú, hijo querido, que una mujer como ésa podría merecer tu amor?

—No —dijo.

—Claro que no —convine, muy satisfecho—. De modo que será mucho mejor que todo tu cariño lo reserves siempre para mí, que soy tu padre. Será mucho mejor que solamente yo sea el dueño de tu corazón.

—Pero ¿es posible que mi madre fuese tan gruesa como esa mujer?

—¿Y quién puede acordarse ahora de tu madre? —exclamé, echándome a reír—. ¿Quién puede acordarse de aquella diablesa, que tuvo el acierto de morirse antes de que tuvieses tiempo de encariñarte con ella? Lo mejor que puedes hacer, hijo mío, es no preocuparte nunca pensando en aquella mujer, que no era mucho mejor que ese energúmeno que tenemos ahí enfrente. Yo soy tú y tú eres yo, y nadie existe en el mundo aparte de nosotros.

Eso es, comisario, lo que hoy he explicado a Manuelito mientras los vecinos, cansados ya de provocarnos, volvían a cerrar las ventanas.

Día 12 de marzo. San Gregorio

Creo recordar que se llamaba Rufina. Era de mediana estatura, prieta y reposada de carnes, con la nariz ligeramente desplazada hacia

la derecha, ojos castaños punteados de oro, mentón voluntarioso y un hablar lento y profundo, que recordaba el sonido de algunas campanas. «Tú, mi querido Leonardo, eres mi hombre número quince», me confesó una noche, apartándome a un lado.

—¿Qué me importa a mí tu pasado? —exclamé, sin darme por aludido—. ¿Qué me importan a mí esos catorce o esos catorce mil hombres?

—Pues deberían importarte —replicó con aquella media sonrisa suya que tanto me exasperaba—, porque tú no eres, ni con mucho, el mejor de todos.

Uno, mi querido y admirado Duhamel, ha vivido ya las suficientes experiencias para sentirse completamente seguro de sí mismo. Pero también es cierto que uno, por lo que ha venido oyendo decir desde que tiene uso de razón, sabe que no existe nada más cruel que una mujer insatisfecha. El hecho de que aquella mujer —creo ahora que se llamaba Secundina— tuviese en todo Méjico, al tiempo de casarse conmigo, una bien ganada fama de cortesana, hubiera tenido que servirme de adver-

tencia. Confieso en este momento que ella, durante los años que duró nuestro matrimonio —me parece que no llegaron a dos—, tuvo bastantes oportunidades para conocer otros hombres y creo que no dejó escapar ninguna de esas ocasiones. Pero ¿son suficientes esos argumentos para asegurar, como aseguran a pies juntillas nuestros enemigos, que no soy yo el verdadero padre de Manuelito? ¿Van a servir de pretexto las frivolidades de aquella mujer para destrozar todo mi orgullo de padre y negar mi única gloria?

Pese a todo lo que han venido diciendo mis calumniadores, monsieur Duhamel, Manuelito es la mejor prueba de mi condición de hombre. Y en esa convicción, mi querido comisario, radica mi mayor fuerza y mi única ilusión para continuar viviendo.

Nada me preocupa, por otra parte, el recuerdo de aquella desvergonzada que ahora —deberá usted disculpar mi falta de memoria— creo que se llamaba Sabina.

Hecha esta pequeña referencia al pasado, sepa que en el día de hoy no ha ocurrido nada digno de especial mención. Llevamos bastan-

tes días sin salir de casa y mi hijo, que ha vuelto a releer la mayoría de sus libros, no demuestra ningún interés por lo que pueda ocurrir en la calle.

A las ocho de la mañana oí a la portera azacaneando por la escalera con los cubos de basura. No se atrevió, sin embargo, a llamar a nuestra puerta.

Día 13 de marzo. San Salomón, mártir

Hoy, 13 de marzo, la Iglesia celebra la festividad de san Salomón. No se trata, por supuesto, de aquel sabio rey de quien nos habla el Antiguo Testamento, pero la coincidencia de nombres me ha servido de excusa para hablar a mi hijo de Salomón, hijo de David, que amó al Señor y solamente sacrificaba y quemaba incienso en los lugares altos. Le hablé del pleito de las dos mujeres que se atribuyeron la maternidad del mismo niño.

—¿Y qué hizo Salomón ante el dilema? —me preguntó Manuelito, que no conocía la historia.

—Nada más sencillo —le contesté—. Llamó a un soldado y le dijo: «Dividid al niño en dos partes y dad una mitad a la una, y la otra mitad a la otra.» A la verdadera madre se le conmovieron entonces las entrañas y dijo a Salomón: «Ruégote, Señor, que le deis a ella el niño vivo y no le matéis.»

—¿Y fue de ese modo como Salomón descubrió a la verdadera madre?

—Así fue, ángel mío —le respondí—. Pero, dime ahora, ¿crees tú que, tratándose de padres, hubiera tenido Salomón necesidad de recurrir a la amenaza de la espada? ¿Crees tú que se hubiera visto forzado a llamar a un soldado? Imagínate, por ejemplo, que otro hombre asegura, frente a un nuevo Salomón, que él es tu verdadero padre. ¿No tendría yo suficiente con alzar la mirada hacia el juez? ¿No se descubriría inmediatamente en mi rostro que yo y no otro era tu auténtico padre? ¿No se encontraría con que mis pupilas se habían transformado en dos pequeños y brillan-

tes corazones? ¿Hubiera tenido que recurrir a la amenaza del espadón, como hizo con aquellas dos mujeres?

(*Nota especial para monsieur Duhamel.* Hago referencia a este breve diálogo impulsado por dos motivos fundamentales: primero, para darle a usted una prueba más de lo mucho que quiero a mi hijo; segundo, para demostrarle que mi ángel, tan versado en las siete ciencias, anda un poco flojo —yo diría que sorprendentemente flojo— en cuestiones bíblicas, como ya se evidenció días atrás, al sacar yo a colación lo del horno de Babilonia. Y yo, con todo el respeto, le pregunto ahora: ¿serían las cosas de este modo si Manuelito fuese realmente hijo del arzobispo Carvallo? ¿No hubiera heredado de Su Ilustrísima un mayor apego por las Sagradas Escrituras?

Día 14 de marzo. San Afrodisio, mártir

Esta mañana, mientras estábamos conversando junto al balcón, cometimos la imprudencia de ofrecer la espalda a nuestros espías. Fue una suerte que volviese la cabeza a tiempo de descubrir el reflejo que el sol arrancó del cañón de una escopeta, que nos estaba apuntando desde una de las ventanas de la casa de enfrente.

—¡ Al suelo! ¡ Al suelo! —exclamé.

Pero ni siquiera llegó a sonar el disparo. El frustrado asesino, sorprendido por nuestra rapidez, no llegó a oprimir el gatillo. Pensó seguramente que no valía la pena malgastar un proyectil. Aquello divirtió mucho a mi hijo.

—No pueden presumir de ser muy hábiles —dijo.

Y allí mismo, tumbados sobre la vieja alfombra —protegidos además, por el grueso ta-

blero de la mesa— continuamos conversando hasta que se hizo de noche.

—Hijo mío —le dije entonces—. Yo soy tú y tú eres yo. Ésa es, sin duda, la más excelsa de todas las Ciencias. Tú debes sobrevivirme, porque, si me sobrevives, será como si yo continuase siendo y podré entonces asomarme al mundo por tus ojos, que es una forma de continuar amándote después de que me haya marchado.

—Pero ¿cómo podré yo continuar viviendo si tú te vas? —me preguntó, con los ojos arrasados de lágrimas—. ¿Quién se preocupará entonces de protegerme de esos malvados?

—Si me amas realmente, yo continuaré en ti —le dije—, porque los dos seremos entonces solamente uno.

—¡Oh, padre! —suspiró entonces Manuelito—. ¿Qué me importa que la portera vaya diciendo por ahí que no estás en tus cabales? ¿Qué me importa a mí la cordura de esos padres que apenas conocen a sus hijos?

Las persianas del balcón continuaban abiertas y por los cristales se filtraba en el comedor el pálido suspiro de la luna. De súbito la es-

tancia se iluminó con un vivísimo resplandor azulado: nuestros enemigos, situados en el último piso de esa casa, habían disparado una bengala con la vana pretensión de descubrir, en la oscuridad, nuestros movimientos.

(*Nota especial para monsieur Duhamel.* Son ahora las cuatro de la madrugada. Esos desalmados han continuado disparando sus bengalas hasta hace apenas media hora. Les costó mucho trabajo darse por vencidos. Hace un instante, cuando ya me disponía a retirarme a mi habitación, los oí vociferar a lo lejos. Y ahora, apenas silenciado el eco de sus voces, tengo un nuevo motivo para mantenerme en vilo: el extraño zumbido de alguna máquina, que se traslada a todas las paredes de la casa y hace vibrar los cristales.)

Día 15 de marzo. San Raimundo

Me he despertado muy tarde. El misterioso zumbido de ayer noche ha continuado hasta hace apenas media hora y sólo pude conciliar el sueño cuando ya se había hecho de día.

Otro problema: nos han cortado el agua. Ha sido, preciso es reconocerlo, un golpe inesperado que ha venido a demostrarnos una vez más hasta qué punto esos obstinados congregacionistas están decididos a conseguir nuestra perdición. Disponemos de tres grifos: uno en la cocina, otro en el lavabo del excusado y el tercero en el lavadero. De ninguno de ellos hemos podido obtener ni una sola gota. Está, pues, muy claro que esos villanos han cerrado la llave de paso, en la portería, con la pretensión de reducirnos por la sed.

Hace un momento, con mi hijo, bajé a la portería. La portera, al verme, desvió la mirada.

—Señora —le dije—. ¿Qué significa este corte de agua? ¿A qué turbios manejos se presta usted?

—La avería es general —replicó la mujer, como excusándose—. No tardarán en arreglarla.

—De cualquier forma —puntualicé—, no piensen ustedes que van a obligarnos a salir de nuestro refugio. ¿Abandona su isla el náufrago, en la que tampoco existe ni rastro de agua, si se sabe rodeado de tiburones?

—Me parece que usted está cada día peor —murmuró entonces ella, escondiéndose las manos culpables bajo el mandil.

Y se encerró en su jaula encristalada, sin darme tiempo a contestarle lo que se merecía.

Por fortuna disponemos en el lavadero de cierta cantidad de agua, que se ha ido almacenando casualmente durante estos últimos días, con el goteo del grifo a medio cerrar. Esa feliz circunstancia habrá de permitirnos burlar una vez más las estratagemas de los congregacionistas. Porque son ellos los culpables, ni por un momento he pensado que la avería haya podido ser casual.

Día 16 de marzo. San Heriberto, obispo

Una catástrofe: mi hijo, en su bendita inocencia, ha dejado escapar toda el agua del lavadero. Cuando quise intervenir para poner remedio, era ya demasiado tarde. Nos hemos quedado, prácticamente, sin más agua que la que ayer tuve la previsión de recoger en una botella.

La supuesta avería, desde luego, continúa sin arreglarse. A media mañana, desde el balcón, vi al hombre del gabán negro, disfrazado en esta ocasión de fontanero. Salió de la casa de enfrente con una enorme caja de herramientas bajo el brazo y entró con aire decidido en nuestro portal. Le oí hablar luego animadamente con la portera. Durante media hora, con el martillo en la mano, estuve temiendo que llamasen a nuestra puerta, pretextando la revisión de nuestras cañerías. No lle-

garon, sin embargo, a llamar y todo me hace suponer que ese falso fontanero y la portera han aplazado su intentona para otra ocasión que juzguen más favorable.

A partir de hoy nos veremos obligados a reducir nuestra ración de agua. Lo malo es que los frutos secos —de los que continuamos alimentándonos casi exclusivamente— excitan todavía más nuestra sed.

Día 17 de marzo. San Patricio, obispo, y san Haroldo

Frente a nosotros, en la casa de enfrente, los congregacionistas esperan. No puedo descubrir ahora en sus rostros huellas de la feroz impaciencia de hace unos días. A juzgar por sus expresiones —una sola expresión aburrida en todos los rostros, incluso en el de la mujer vestida de verde—, todos ellos están ya convencidos de que nos tienen en sus manos

y de que sólo deben limitarse a esperar, sin necesidad de recurrir a nuevas tretas.

¿Sabrán incluso, monsieur Duhamel, el día exacto en el que habrá de producirse nuestra rendición incondicional? ¿Habrán calculado cuántas horas puede durarnos la botella de agua?

—Padre —me explicó esta mañana Manuelito, intentando disimular sus sufrimientos—. No debemos preocuparnos demasiado por el agua. La sed, en cierto modo, es solamente una sensación psíquica, un acto motor reflejo, una consecuencia del funcionamiento nervioso relacionado con la destrucción molecular y el empobrecimiento de la sangre.

—Tienes razón —le dije—. Y nadie nos impide pensar que nuestra sangre continúa siendo rica.

—¿No has oído hablar, además, de la falsa sed de los neuróticos? ¿Y no sabes que la sed, en fin de cuentas, llega a desaparecer con las grandes preocupaciones morales?

Era evidente que Manuelito, entristecido por mi abatimiento, buscaba con ahínco el modo de levantarme el ánimo. De pie sobre

una silla, llegó incluso a recitarme con voz emocionada una hermosa poesía que él mismo había compuesto días atrás, en previsión de cualquier momento de desfallecimiento:

¿Por qué lloras así, mi cándida Asterie,
la ausencia de tu Giges,
si con la Primavera
te la traerán los céfiros felices
enriquecido en la Bitinia próspera
y en su pasión más firme?

—¡Oh, mi pequeño y entrañable Horacio! —exclamé, luego de escucharle—. ¿No será tu propia sabiduría una trampa para mantenerte distraído por encima de la misérrima condición en que te han colocado tus enemigos? ¿No sería mucho mejor si regresásemos al hacha de pedernal, y a las pieles sin curtir, y al rugido que nada entiende y a nada contesta, para poder descargar luego nuestro analfabetismo sobre todo aquello que nos ofende y humilla? ¿No será acaso el trívium y el quadrívium una especie de extraña enfermedad que permite y aun asegura la continuidad del tira-

no que, espada en mano, se burla de nuestro humanismo?

Esta tarde cambió el viento y el cielo se cubrió en un instante de negros nubarrones. En previsión de que pueda empezar a llover, he puesto en el balcón cuatro grandes cazuelas y un par de floreros de boca ancha.

Día 18 de marzo. Santos Cirilo y Anselmo

Durante la noche pasada no ha caído ni una sola gota de agua. Hoy luce un sol esplendoroso. Está claro que no lloverá. La situación, comisario Duhamel, es muy grave, sería estúpido no querer reconocerlo: apenas queda ya un par de dedos de agua en la botella, reservada exclusivamente para mi hijo.

—¿Quién nos impide pensar que nuestra sangre no continúa siendo rica? —me ha recordado él, con voz desfallecida.

No puedo menos, sin embargo, de sentirme muy pesimista. Ahora, mientras consigno en este diario la tristísima situación en la que nos encontramos, apenas me siento con fuerzas para sostener la pluma. Esta tarde, al tiempo que el sol empezaba a declinar, llamó a la puerta la portera, pero no quise franquearle la entrada.

—Vengo a traerle un cántaro de agua —me dijo—. La avería ha resultado más importante de lo que se pensaba. Tardarán un par de días en arreglar la cañería.

—¿Y me trae usted, mi respetable arpía, agua emponzoñada?

—Si le traigo este cántaro —repuso—, es sólo por esa infeliz criatura que tiene usted encerrada ahí dentro. Por usted no sería capaz de mover un dedo.

—¡Pues váyase usted al diablo, señora mía! —exclamé—. ¿Se imagina que somos tan incautos como para aceptar agua envenenada?

Lo más triste —lo que me desgarra el alma— es observar cómo todas estas penurias empiezan a marcar visiblemente el rostro y aun el natural carácter y la excelente dispo-

sición de ánimo de que siempre ha hecho gala mi hijo. Debo reconocer, monsieur Duhamel, que Manuelito, sólo una frágil criatura, no parece ahora el mismo muchachito de hace un par de semanas. Esta mañana, mientras le ayudaba a vestirse, he podido contar casi todas sus costillas. A instancias mías —y luego de insistir varias veces, como si ya no fuese capaz de entender la pregunta—, me ha mostrado una lengua sucia y saburrosa. Su aliento es fétido y han aparecido en su espalda, en la zona del omóplato izquierdo, algunas erupciones. Su mirada se ha hecho profundamente triste y apenas habla. No ha vuelto a coger un libro desde hace tres o cuatro días, y sólo esa circunstancia bastaría para intranquilizarme seriamente.

Son ahora las once de la noche y todas las ventanas de la casa de enfrente continúan iluminadas. Ocurre lo mismo con las ventanas del palacio real la noche en que el rey agoniza. Los oigo reírse a mandíbula batiente. Estoy seguro de que hablan de mí en términos ultrajantes. Mi hijo, en la cama desde las nueve de la noche, no ha podido todavía conciliar el

sueño y de vez en cuando le oigo quejarse débilmente.

No estoy dispuesto, por tanto, a permanecer cruzado de brazos mientras esa suprema belleza se me marchita. Así es que esta misma noche, cuando todas esas luces de ahí enfrente se hayan apagado, encerraré a Manuelito en su habitación y saldré a la calle en busca de una fuente pública.

Día 18 de marzo, dos de la madrugada
(en realidad, 19 de marzo)

Hace una hora, cuando llegó el momento de salir a la calle —todas las luces de la casa de enfrente se apagaron simultáneamente poco antes de la una—, pensé que era una temeridad dejar a mi hijo solo, así que le desperté, le exhorté con las más encendidas frases que vinieron a mi imaginación y salimos a la calle juntos. Reconozco ahora que hemos co-

rrido un grave riesgo, pese a todas las precauciones que tomé para que nadie, aprovechando las tinieblas de la noche, pudiese arrebatarme a mi niño.

No voy a entrar ahora en detalles, monsieur Duhamel, narrándole los pormenores de nuestra arriesgadísima salida. No voy a hablarle de las tres o cuatro sombras gigantescas que siguieron nuestros pasos, buscando sin duda una ocasión favorable para arrojarse sobre nosotros. Le diré tan sólo que, hace apenas un momento, hemos regresado de la fuente de la place de la Legalité con un par de garrafones llenos de agua. Nos hemos comportado, sin duda, como dos valientes.

Pienso todavía que un hombre es dueño de su propio destino.

Día 19 de marzo. San José

Para celebrar nuestra gesta de anoche —y pese a mi fracaso del otro día con los espague-

tis—, he confeccionado un suculento pastel de avellana. No es ése un plato que ofrezca demasiadas dificultades. Se trata, en síntesis, de pulverizar la mitad de las avellanas de que se disponga con la ayuda de un martillo, cascar dos huevos, separar las yemas de las claras, colocar las yemas en una terrina, añadir azúcar, mezclar con una cuchara de madera para conseguir un tono espumoso, incorporar a dicha mezcla las avellanas molidas, echar una pizca de sal en las claras de huevo, batirlas a punto de nieve...

Pero no vale la pena que pierda el tiempo en esos detalles, Duhamel. Estoy seguro de que usted ha comprendido muy bien que en esta casa no necesitamos ninguna mujer que, con el pretexto de prepararnos la comida, llegase a avasallarnos e incluso a robarme el amor de mi hijo. Ilustrarme en las tareas de la cocina fue una de mis principales preocupaciones cuando el Señor me concedió la gracia de quedarme viudo.

Esta tarde, la portera, acompañada de otras personas, llamó insistentemente a nuestra

puerta. Al no obtener respuesta, pidió a gritos que le abriésemos.

—Tiene usted carta —me dijo.

—Sólo acepto correspondencia de Su Ilustrísima Majestad —le respondí con cierta arrogancia.

—Esta carta no lleva remite.

—Pues introdúzcala por debajo de la puerta —le dije.

—Es mejor que se la entregue personalmente.

—¡Bruja! —exclamé, sin poderme contener—. ¿Quiénes son ahora todos esos perillanes que le acompañan?

Hubo entonces, al otro lado de la puerta, un sordo rumor de voces. Luego, tras la tos larga y blanda de algún bronquítico, alguien dijo:

—No tiene usted nada que temer, señor Zambrana. Somos gente de bien. Nuestras intenciones son, por cierto, muy pacíficas. Lo único que deseamos es hablarle un momento de su hijo.

—¿Qué ocurre con mi niño?

—¿Está ahora con usted?

—¿Dónde quiere que esté?

—¿Está ahora a su lado?

—Por supuesto. No me separo de él ni por un momento.

—Sería mucho mejor que no se enterase de nuestra conversación.

—Yo soy él y él es yo —repliqué—. Sepan ustedes que no existen secretos entre nosotros.

—No vale la pena que se preocupe por ese detalle —intervino inesperadamente la portera, dirigiéndose al que llevaba la voz cantante—. Ese niño no es capaz de entender ni una sola palabra.

—De acuerdo entonces —dijo el hombre, tras una breve pausa—. No tiene usted secretos con su hijo y su hijo no los tiene con usted. Eso queda muy claro. Pero, aun así, sería mucho mejor que nos abriese la puerta.

La voz del hombre, pese a los circunloquios, sonaba un tanto áspera y ese detalle me desconcertó un tanto. No empleaba, desde luego, el meloso tono de los miembros de la Congregación.

—Dígame antes a quién representa —le pedí.

—Sepa usted que está hablando con el presidente de la comisión —me dijo.

—¿De qué comisión?

—De la comisión de vecinos —respondió, impacientándose.

Y en seguida, sin esperar ya a que Manuelito se apartase de la puerta, añadió:

—Tenemos pruebas evidentes de que usted somete a su hijo a malos tratos. Sabemos también que no le alimenta lo suficiente. Le hace usted vivir en un nido de inmundicias —ni siquiera permite que le retiren la basura— y anoche, por si fuese poco, alguien le vio por la calle llevándole sujeto con una cuerda.

—¿Preferiría acaso que le dejase corretear libremente entre tanta perversidad?

—Represento a todos los vecinos de esta casa —insistió el hombre, como si con eso respondiese a mi pregunta—. Fui elegido democráticamente. Mi queja es la de todos ellos.

—¿Y por qué no se entera antes de la filiación política de esos vecinos? —le pregunté—. ¿Por qué no consulta usted los archivos secretos y comprueba que todos ellos, sin excepción, son congregacionistas?

—Queda usted advertido —dijo el hombre—. Si no modifica su conducta, nos veremos obligados a denunciar el caso a la policía.

—¿Por qué no se entera antes de quiénes son esos vecinos? —volví a preguntarle, alzando la voz—. ¿Por qué no investiga la vida secreta de esa horrible mujer que los acompaña y que, si supiese en este momento el destino que le aguarda en breve, estaría ya abriendo la boca para empezar a aullar?

No obtuve respuesta. Pegué la oreja al agujero de la cerradura y escuché cómo el grupo, con el aire de los que despiden un duelo, descendían escalera abajo cuchicheando.

Día 20 de marzo. San Ambrosio, confesor

Continúo muy preocupado por el comportamiento de Manuelito. Hoy, por ejemplo, se ha pasado toda la mañana sentado en su sillita de paja, frente al balcón, sin apartar la mi-

rada del rayo de sol que caía a sus pies. He procurado por todos los medios sacarle de su melancolía, pero a todos mis apasionados requerimientos ha respondido con una tristísima media sonrisa y la mirada ausente de los que viven evocando. Por la tarde, después de su ración de frutos secos, pareció animarse un poco, pero pronto volvió a caer en su extraña postración. Con su actitud, ciertamente, mi hijo parece dar la razón a esa infausta portera cuando le tilda de infeliz criatura.

Estoy persuadido, sin embargo, de que mi niño —resentido por las privaciones de estos últimos días— recuperará toda su belleza y de que la agudeza y la vivacidad de su carácter volverá a ser la única luz que alumbra mi vida.

Constato que durante todo el día de hoy las ventanas de la casa de enfrente han permanecido cerradas. No obstante, poco después de las siete de la tarde comprobé que nos habían devuelto el agua. Esa circunstancia, por lo tanto, vino a demostrarme que esos desalmados, pese a no dejarse ver, continúan azacaneando entre las sombras.

Día 21 de marzo. San Benito y Serapión, obispo

Primavera. Una nueva luz se derrama sobre todas las cosas. Ni siquiera en la triste situación en que nos encontramos puedo mostrarme indiferente ante tanta maravilla. Esta mañana, escuchando a través de la ventana el armonioso canto de las aves, no he podido por menos que caer de rodillas.

—¡Gracias te sean dadas, Señor! —exclamé—. ¡Gracias por permitir el advenimiento de esta nueva primavera y por consentir que pueda extasiarme un año más con ese verde joven que se insinúa ya en los árboles!

La vida, encerrada durante todo el invierno en la oscura caverna, se escapa y asciende ahora hacia lo alto como un surtidor. Una fiesta para los sentidos. Alguien, mientras estoy escribiendo, recorre uno por uno todos los huesos de mi columna vertebral, golpeándolos

con un delicioso martillito de cristal y arrancando de ellos notas purísimas.

¿Existe realmente el mal, Duhamel? ¿Existen el crimen y la locura? ¿Es cierto que alguna vez murió un hombre envenenado? ¿Son de carne y hueso esos congregacionistas? ¿No serán tal vez muñequitos de cartón que alguien va colocando a nuestro alrededor por pura chanza?

Puede acusarme de dejarme arrastrar por los tópicos, Duhamel, pero usted debería ahora reconocer conmigo que es una pena que los hombres, a pesar de amaneceres como éste, no se avengan a renunciar a sus oscuros designios invernales.

Día 21 de marzo, una y media de la tarde

Perdone usted la nota que antecede, Duhamel. La escribí sin meditar, en un rapto de absurdo lirismo. Ahí queda, sin embargo, de-

jando constancia de lo ridículo que, en ocasiones, puede ser un hombre.

Día 21 de marzo, once de la noche

Paciencia, monsieur Duhamel, paciencia. La historia se repite. Esta tarde, al releer las anotaciones correspondientes al día 19, he recordado que también en España hubo alguien que me acusó de conducir a Manuelito atado con una soga. En aquella ocasión me obligaron a comparecer ante la justicia y estoy seguro de que aquellos severísimos magistrados —que hubieron de aplazar su partida al tute para poder acudir al estrado— jamás se habían visto frente a un reo tan convencido de su inocencia.

—¿Qué es lo que pretende ese anónimo denunciante? —les pregunté, defendiéndome—. ¿Que mi hijo y yo salgamos a la calle cada uno por su lado, como si no fuese precisamente

mi sangre la que corre por sus venas? ¿Que nos expongamos al furor de esos malévolos gañanes, que hieden a toro bravo, cogidos apenas por la punta de los dedos? ¿Que alguien, al vernos pasear de ese modo, pueda llegar a pensar que entre nosotros no existe más vínculo que el que pueda existir entre un hombre y el niño que pasa por su hijo?

Así están, pues, las cosas, Duhamel: la imbecilidad no conoce fronteras. Nada más universal que la estupidez y la cerrazón de espíritu. Y tanto aquí como allá, en Francia como en España, existirá siempre gente mezquina que llama soga a nuestro cordón umbilical, a nuestro hilo espiritual, a nuestro gran amor hecho cáñamo.

Sería inútil, por otra parte, intentar catequizar a tanto estúpido. ¿Cree usted acaso que yo, a mis años, puedo permitirme una labor tan ingente? ¿Cree usted que un hombre que ya peina canas puede ser tan ingenuo pensando que todavía dispone de fuerza suficiente para cambiar la faz del mundo?

Nuestra única posibilidad, mi querido amigo, está, pues, en el escondrijo, en la caverna

secreta, en la soledad compartida únicamente con aquellos a quienes más amamos. Fuera de nosotros, que el mundo se estrelle con sus ideas, porque aquí dentro, en la deliciosa penumbra de mi gruta particular, oigo fluir lentamente el gran río subterráneo de la sabiduría. Eso es lo que pienso ahora y lo que continuaré pensando hasta el fin de mis días.

No debe usted, monsieur Duhamel, tildarme de egoísta. Llámeme mejor víctima propiciatoria de esa turba de miserables que se jactan de amar y, no obstante, admiten la distancia y la reflexión. Le aseguro, por otra parte, que no he pensado siempre del mismo modo y que hubo un tiempo en que todavía creí en la conveniencia y en la utilidad del combate a pecho descubierto.

—De acuerdo —me dije por última vez hace ya algunos meses, a raíz de mis primeros problemas en España—. Ahí está Carmona, el gran congregacionista, acusándome de impotente y difamando mi buen nombre con esa ridícula historia del arzobispo. Le retaré a singular duelo y que sea la espada quien dicte sentencia.

¿Cree usted, mi buen comisario, que Carmona se dignó recoger el guante? ¿Cree usted que sirvieron de algo mis cartas al procurador imperial, haciendo público mi desafío, o los innumerables pasquines que pegué yo mismo por todas las esquinas de Toledo? ¿Sirvió todo aquello para algo más que para convertirme en el centro de las burlas de todos los toledanos?

Mis ideas, desde entonces, han quedado muy bien definidas, amigo Duhamel. El mundo revienta lo suficiente para no tomarme la molestia de combatirlo. Me limito a adoptar una postura defensiva. Lo único que me importa —lo único que me mantiene vivo— es ese niño que me regaló el Cielo, flor inmaculada y virginal que para sí quisieran quienes tanto me odian. La cuerda con que me acusan de llevar atado a mi hijo sirve, en realidad, para atarnos recíproca y amorosamente, en un intento supremo para no perdernos el uno del otro y quedarnos solos en medio de tanta maldad.

Por lo que respecta a Manuelito, le diré que todavía hoy no he podido observar en él nin-

gún signo de recuperación. Esta mañana poco después de despertarse, pareció encontrar algún motivo de distracción en las pajaritas de papel que recorté para él durante toda la noche anterior. Pronto, sin embargo, fue perdiendo gradualmente todo su interés, hasta volver a quedar como anonadado.

Ahora, mientras escribo estas notas —son casi las once y media de la noche— permanece todavía sentado a mi lado, con los ojos muy abiertos y sin expresión. Su indiferencia por todo lo que le rodea es absoluta.

Empiezo a temer, monsieur Duhamel, que esos malvados hayan hechizado a mi hijo.

Día 22 de marzo. Santos Deogracias y Bienvenido, obispo

Hoy he vestido a Manuelito con su trajecito de marinero y su gorrito de cintas. Le puse de pie sobre la silla y le pregunté:

—¿Es que ya no recuerdas, mi Napoleoncito, que eres el gran almirante de la escuadra imperial? ¿No recuerdas ya que te has reído mil veces en las barbas de las peores tempestades y de que tus enemigos, al ver tu enseña en lo alto del mástil, huían atropellándose? ¿Has olvidado que Su Majestad se honraba llamándote a su mesa y que te había insinuado la posibilidad de desposar a la más hermosa de cuantas princesas han sido en el mundo?

No obtuve respuesta, mi querido comisario: mi hijo —¡Dios confunda a los hechiceros— balbució algunas incomprensibles y se echó a llorar, porque le apretaban los zapatitos de charol!

Día 23 de marzo. San Felipe, mártir

Una larga vida, en estas condiciones, no es sino un largo tormento. ¡Oh, sí! ¡Dónde está la fórmula mágica que permita rescatar la be-

lleza y el donaire de mi hijo? ¿Dónde está el ensalmo, el conjuro, las palabras secretas, la oración excelsa que devuelva la alegría a mi lucero? ¿Dónde está el exorcismo que deba desterrar del mundo a todos esos monstruos? ¿Deberé insistir en mis súplicas al diablo?

Esta tarde, sobre las cuatro, he visto a la mujer vestida de verde, asomada a la ventana.

—¡Perra! —le grité, a voz en cuello, desde el balcón—. ¿Qué habéis hecho con mi hijo?

¡Oh, Dios, cuyo principio es apiadarse de todo mal, particularmente del poder y artificios del maligno espíritu! ¡Acoged benigno mi plegaria y haced que, por intercesión del glorioso san Felipe, quede mi hijo libre de todo maleficio!

Día 23 de marzo, medianoche

Ahí están las estrellas, Duhamel. Las veo brillar a través de los cristales de la ventana. Suponiendo que mi niño muera y admitiendo que el Cielo de los cuerpos resucitados sea ese cielo astronómico, que van descubriendo los telescopios, ¿cree usted que cuando llegue el día de la resurrección de la carne devolverán a mi hijo todo su talento particular y toda su belleza? ¿Cree usted que su rostro trascenderá incólume a la eternidad? ¿Le parece que su alma será sólo una alma más en el cielo de los bienaventurados, que corren por los espacios infinitos como chispas por los cañaverales? ¿No nos enseña acaso el Evangelio que existen en el cielo muchas y diferentes mansiones? ¿No nos dice san Pablo que los justos resplandecerán como las estrellas en el firmamento y no indica eso que existe una infinita variedad en los grados de gloria?

Si realmente es así, como así debe ser, Manuelito será tal vez el rojo Aldebarán, que brilla esplendorosamente acompañado por un cortejo de cuatro estrellas menos. O quizá Véspero, el lucero de la tarde.

O tal vez esa gran Estrella Esplendente, de la que procedían aquellos sapientísimos hombres que fundaron la civilización maya. Lo que de ningún modo podrá ocurrir es que mi hijo, una vez que Dios le haya trasladado a su dimensión, se convierta únicamente una estrellita más, como aquella que palpita ahora sobre la chimenea de esa siniestra casa.

(*Nota especial para monsieur Duhamel.* Deberá excusar mi torpe caligrafía, amigo comisario. Le he dicho antes que veo brillar las estrellas a través de los cristales de la ventana. A poco que reflexione sobre esa circunstancia, comprenderá que le estoy escribiendo a oscuras, lo que constituye sin duda un grave inconveniente a la hora de mantener las letras alineadas.)

Día 24 de marzo. Santos Alejandro y Dionisio

Esta mañana, desesperado, me he enfrentado con la portera.

—La conmino —le dije— a que desencante inmediatamente a mi hijo.

—¿Qué le ocurre ahora a su hijo? —me preguntó ella, fingiéndose sorprendida.

—¿Y me lo pregunta precisamente usted? ¿Usted, que fue seguramente quien le administró el hechizo?

Ví cómo la portera palidecía mortalmente, al reparar en el martillo que yo, como el que no quiere, esgrimía en la mano derecha. La miserable debió de sentirse perdida. Se metió temblando en la cocina y regresó al cabo de unos instantes con un pequeño frasco. Aquí tiene este remedio —me dijo, casi sin aliento—. Nada de lo que le pasa a su hijo es grave. Rocíe con el agua de este frasco las paredes

de su cuarto y rece a media voz tres padrenuestros. El chico se pondrá bien.

No me detuve a darle las gracias. Regresé con el frasco a casa, entré en la habitación de Manuelito y seguí las instrucciones de la portera. Apenas hube acabado de rezar el último padrenuestro, ví como mi hijo, inmóvil y silencioso hasta aquel momento, empezaba a recuperar el color.

—Padre —me preguntó, como saliendo de un sueño—. ¿Dónde has estado estos días?

—¿Dónde podía estar, sino a tu lado? —le contesté, emocionado—. ¿En qué otro lugar puede estar el pescador, sino a la orilla del anchuroso mar que le procura el sustento?

No hay duda, monsieur Duhamel, no son figuraciones mías : mi niño vuelve a ser el principito azul de siempre. Su belleza ha regresado intacta. El brillo de su mirada vuelve a estremecerme. Sería inútil intentar explicarle ahora hasta qué punto me siento feliz. Cojo a Manuelito en brazos y le llevo hasta el balcón. Lanzo un penetrante silbido, reclamando la atención de los vecinos de la casa de enfren-

te, y exhibo a mi hijo en triunfo, como quien ondea una bandera victoriosa.

—¡ Védlo, vedlo otra vez! —grito— ¡ Su hermosura ha regresado incólume!

Pensarán algunos que estoy loco, pero en este momento no yerran. Hoy me siento verdaderamente exaltado. Pero no será ésta la primera vez que la locura hace compañía a la belleza.

Día 25 de marzo. San Dimas, mártir

Demostración de fuerza: esta mañana, los congregacionistas, que deben de sentirse cada vez más impacientes, han fingido un entierro, y esa estratagema les ha permitido pasar tranquilamente por debajo de nuestro balcón, dignísimos y circunspectos, formando una comitiva que mediría, por lo menos, ciento cincuenta metros de largo. Formados de tres en fondo y cogidos del brazo, con sus enormes

chisteras y no menos tremendos levitones, encontraron, sin embargo, ocasión para lanzar una mirada furtiva hacia nuestro balcón y, a despecho de la aparente gravedad del momento, sonreírse melifluamente.

Se preguntará usted, comisario Duhamel, cómo puedo afirmar con tanta seguridad que se trataba de un entierro fingido. Para responder a esa pregunta dispongo de una respuesta contundente, que no admite ninguna clase de réplica: el entierro fue fingido por la sencilla razón de que aquella majestuosa carroza no conducía ningún ataúd.

No soy tan estúpido, monsieur Duhamel, como para no reparar en detalle tan fundamental: tanto en Francia como en Méjico, e España, los muertos resultan imprescindibles en los auténticos entierros —sea cual fuere su categoría— y ninguna particularidad en la idiosincrasia del país puede desvirtuar la necesidad de semejante requisito.

Día 26 de marzo. Santos Braulio, Cástulo y Teodoro

Inexplicablemente, nuestros alimentos se han ido reduciendo hasta el punto de que muy pronto nos veremos en la precisión de renovarlos. Está muy claro que, sin darnos cuenta, nos hemos excedido en las raciones cotidianas que habíamos establecido de antemano. Un día de éstos, por tanto, debemos volver a salir a la calle en busca de nuevas provisiones. Y aprovecharé la ocasión para comprar a mi hijo algunos libros, ahora que su talento ha recuperado toda su pujanza.

Nuestra moral, por otra parte, se ha visto considerablemente reforzada durante estos dos últimos días. En ello ha influido no sólo la recuperación de Manuelito, sino también la burda estratagema de esos deshonrabuenos, buscando la excusa del entierro para mostrarse en grupo.

—Porque no hay duda, hijo mío —le he explicado, de que solamente exhiben sus músculos quienes, de alguna u otra forma, desconfían de sus propias fuerzas.

He pensado, de todos modos, que nuestra obligada salida a la calle aconseja que nuestro estado físico —disminuido, tal vez, por esta obligada reclusión— sea óptimo, ya que existe la posibilidad de que, perseguidos por el enemigo, nos veamos en la precisión de dar alguna larga carrera.

—El deporte —he dicho a mi hijo— delega en nuestro cuerpo algunas de las virtudes más fuertes del alma. El deporte nos hace más enérgicos, más audaces y más pacientes. ¿No decía ya Horacio que es conveniente gustar de los caballos, de los perros y de los prados umbrosos?...

En consecuencia, nos hemos estado entrenando durante toda la tarde según una nueva tabla de gimnasia —con flexión de piernas y extensión de brazos en cruz— que habrá de ponernos rápidamente a punto. Antes de empezar, abrí de par en par el balcón, para airear el piso, y observé, en ese preciso instante, al

hombre del gabán negro, espiándonos desde su ventana con un largo catalejo. Y como quiera que, para realizar nuestra tabla de gimnasia, me había desnudado completamente, aproveché aquella oportunidad para volverme y mostrarle mis posaderas.

Mi gesto no fue elegante, lo reconozco. Y reconozco también que ese hampón hubiera podido aprovechar la ocasión para dispararme una perdigonada en salva sea la parte. Pero ¿piensa usted, Duhamel querido, que ese esbirro merecía un ademán más versallesco? Suponiendo que en ese momento yo también hubiese llevado chistera, ¿hubiera debido quitármela para preguntarle cómo se encontraba e interesarme por la marcha del espionaje?

Son ahora las once de la noche y en el piso de arriba empiezan a arrastrar, por lo que me imagino, algún pesado mueble. Es el primer ruido que oigo desde que vivimos aquí. Hasta esta noche he venido pensando que ese piso estaba desocupado. Esa circunstancia, por tanto, me abre nuevos interrogantes. ¿Quién vive arriba? ¿Qué significa ese trasiego de muebles? ¿Se trata de algún nuevo inquilino?

¿Quién es entonces ese inquilino y por qué elige la noche para su mudanza?

Me mantengo, como siempre, en guardia. Lo dijeron ya los persas: cuando veas una serpiente, lanza una piedra contra su cabeza, aunque sólo se trate de un lagarto. Y lo dijeron también los romanos: se salva del peligro quien vigila, incluso cuando está seguro.

Día 27 de marzo. Santos Prisco, Casto, Doroteo, mártires

He aquí, reproducida íntegramente, la misiva que alguien —mis sospechas, desde luego, vuelven a recaer en la portera— ha deslizado esta tarde por debajo de la puerta.

Esta mañana, señor nuestro, ha vuelto a dar muestras de esa profunda turbación que agita su espíritu. A las diez, poco más o menos, le vieron salir de su casa con un voluminoso saco.

Descendió usted hacia la place de la Legalité, deteniéndose en esa encrucijada, dudando por lo visto qué camino seguir. Se decidió finalmente por la rue de la Salpêtrière, avanzó otras cuatro travesías más y penetró en la tienda de comestibles que regenta, por delegación de su tío abuelo, el señor Fleury. Diez minutos después, se le vio salir sosteniendo un paquete de regulares dimensiones con la mano izquierda, pero sin abandonar el saco, que parecía preocuparle especialmente. Dio un par de vueltas a la manzana, como si intentase despistar a alguien, y entró en la librería que hay en la confluencia de la rue Brauhauban con la avenue de Buchoz-Hilton. Desconocemos el nombre del propietario de esa librería, pero sabemos que el muchacho que le atendió se llama Guy de Guilardin y que desciende de una noble familia gascona venida a menos. Quince minutos más tarde salió de la librería con tres voluminosos libros, que introdujo en el paquete, y emprendió luego el camino de regreso a casa, a la que llegó poco después de las once.

Díganos ahora, señor Zambrana, y sepa disculpar la ironía que pueda ver en la pregunta:

¿a quién llevaba usted metido en el saco? ¿Cree usted que somos ciegos? ¿Nos supone realmente tan estúpidos?

Puede usted estar persuadido, monsieur le Mexicaine, de que llegará nuestra hora y de que nada ni nadie podrá evitar que su hijo sea nuestro.

La carta —escrita, por cierto, con una letra muy parecida a la mía— carece de firma, pero conozco muy bien a los remitentes. No hay duda, pues, monsieur Duhamel, de que la red de espionaje que esos miserables han montado alrededor mantiene toda su eficacia. No dejan de vigilarnos ni un instante, conocen todos mis pasos y esta mañana han sido suficientemente perspicaces para adivinar que llevaba a Manuelito escondido en el saco.

Se preguntará usted: ¿cómo es que hoy, amigo Zambrana, se decidió por el saco, cuando hace solamente unos cuantos días me estuvo usted ponderando hasta la exageración las excelencias de la cuerda? ¿Significa acaso esa sustitución un cambio en sus convicciones?

No, mi admirado Duhamel, mis conviccio-

nes son las mismas de siempre. Todavía hoy continúo profesando por la cuerda un profundo aprecio. Mi hijo, la cuerda y yo formamos, sin duda, un triunvirato perfecto que ninguna conspiración podrá derrocar. Pero esta mañana, a punto de salir a la calle —y cuando ya había rodeado la cintura de mi niño con el amoroso lazo— se me ocurrió de pronto que tal vez podría resultarme conveniente recorrer algunas calles con el dulce peso de Manuelito a mis espaldas.

—¿No me brindará ese pequeño sacrificio —me dije— la posibilidad de redimirme de cualquier falta ignorada que, en el transcurso de estas últimas semanas, haya podido cometer con mi hijo?

Observará, por otra parte, que esos villanos aluden, en su misiva, a la «profunda turbación que agita mi espíritu». No le pasará inadvertido que, al emplear ese delicado eufemismo, los congregacionistas se están refiriendo en realidad a mi locura, que tantas veces me han echado en cara. Recurren a esa calumnia buscando el modo de desmoralizarme. ¿Voy a preocuparme, sin embargo, por lo que pueda

pensar esa caterva de sarasas morales, para los que amar plenamente, sin concesiones, significa tanto como estar loco? ¿Voy a preocuparme por lo que digan esa sarta de redomados miniaturistas, que pretenden reducir el mundo a una serie de pequeñas ecuaciones?

Reconozco que, hace un par de años, a fuerza de oír solapados comentarios que se referían insistentemente a mi falta de cordura, llegué incluso a preocuparme.

—Veamos —me dije—. Ellos dicen que estoy loco. Sometámonos a un concienzudo autorreconocimiento. Existe la psicofísica, esa nueva ciencia que analiza la íntima solidaridad entre los agentes y el cerebro por medio de la experimentación, el cálculo y la medida. Midamos, pues, mis propias sensaciones, ya que la razón se compone sólo de sensaciones. Determinemos las leyes constantes de intensidad, velocidad y duración de mis sensaciones de tacto, esfuerzo muscular, temperatura, sonido y luz...

Descubrí entonces, mi querido comisario —pero no me pregunte cómo— que la menor sensación perceptible para el tacto es, por lo

general, de 1/3 de la excitación provocada por el agente, 1/17 para el esfuerzo muscular, 1/3 para la temperatura, 1/3 para el sonido y 1/100 para la luz. Descubrí también que toda sensación crece con el logaritmo de la excitación o, lo que es igual, que las sensaciones crecen en proporción aritmética, al tiempo que las excitaciones lo hacen en progresión geométrica.

—¿No podría conocer matemáticamente —me pregunté entonces— cuáles son, en mi caso, las sensaciones con sólo medir la intensidad de mis excitaciones?

Continué trabajando en esa dirección y, tras penosos y largos experimentos, llegué a elaborar una fórmula que puede aplicarse en cualquier caso:

$$dr = \frac{K\ dB}{B}$$

que, por integración, se convierte en:

$$r = K \log B$$

y que nos da el valor de la sensación, siendo *B* la excitación, *dB* la mínima cantidad de excitación sensible que se quiere medir, *r* la sensación que depende de *B* y *dr* la mínima sensación perceptible.

No voy a abrumarle ahora, admirado Duhamel —y no porque tenga alguna duda sobre su capacidad de comprensión— con todo los cálculos que realicé, no sólo por lo que se refería a la intensidad de mis sensaciones, sino también respecto a la duración y velocidad de mi corriente sensitiva, en relación todo ello con mi capacidad de concentración y de discernimiento. Guardo los resultados de todos aquellos experimentos en alguna parte y, si usted me los pide, tendré mucho gusto en mostrárselos. Por ahora tenga suficiente con saber que las pruebas me fueron sumamente favorables y me señalaron un lugar de privilegio entre los hombres cuerdos.

Sería absurdo, por tanto, que me preocupase ahora sólo porque algunos, al verme, se lleven el índice a la sien. Que vengan todos los médicos del mundo y exploren, con sus oftalmoscopios, las capas de mis ojos. Los desafío

a que encuentren en ellas ese proceso cerebral que sostiene la locura.

De cualquier modo, monsieur Duhamel, considero conveniente conservar el anónimo entre las páginas de mi diario para que, de llegar el momento y exigirlo la buena marcha de sus investigaciones, pueda usted entregárselo a su perito caligráfico. Esta vez ellos han intentado imitar mi letra y debo reconocer que lo han hecho perfectamente. Al hacerlo así, pretendían tal vez que usted pensase —caso de examinar el anónimo— que fui yo mismo quien se escribió la carta. Pero no he sido yo, se lo aseguro formalmente. ¿Por qué iba a hacer algo semejante?

Día 28 de marzo. San Juan Capistrano

Vuelvo a proclamar gozosamente que Manuelito ha recuperado todo su talento y toda su belleza. Ahora mismo, mientras estoy escri-

biendo, mi hijo continúa leyendo. Ha llegado ya a las últimas páginas de las *Memorias Cronológicas*, de Sebastián de Armona, que fue uno de los tres libros que le compré ayer. Son las once de la noche, pero no parece dispuesto a retirarse a sus habitaciones hasta no haber dado remate a la lectura. Sus abundantes bucles rubios, bajo la luz, adquieren hermosos y cambiantes reflejos que llegarían a hipnotizarme si mantuviese la mirada fija en ellos.

Suenan dos campanadas. Las once y media. Sólo dos ventanas permanecen iluminadas en la casa de enfrente. Una de ellas corresponde a la mujer vestida de verde. Mi hijo, con un suspiro, cierra por fin el libro.

—Amor —le digo—, ¿acerté al comprarte ese libro? ¿No nos engañó el librero y nos vendió gato por liebre?

—No nos engañó —me tranquiliza—. El libro resulta ciertamente interesante.

Me da las buenas noches, besa mi frente y se retira a su cuarto. Mientras se aleja por el pasillo le veo cojear ligeramente de la pierna izquierda. Me levanto, corro a su encuentro y me precipito a sus pies.

—¿Qué es lo que te han hecho, prenda mía? ¿Dónde han conseguido herirte esos malvados?

Intento reconocerle la rodilla, pero él se resiste y procura tranquilizarme con una sonrisa.

—No me ocurre nada, padre mío —me explica—. Solamente pasa que, a fuerza de estar tantas horas sentado, absorto en la lectura, se me ha dormido la pierna.

Las doce de la noche. Todo, en apariencia, sigue tranquilo. Escribo a saltos, a medida que van aflorando las ideas. Esta mañana he descubierto al hombre del gabán negro hablando con monsieur Dupont, frente al portalón de la casa de enfrente. Un momento después se les agregó un hombre de largas patillas y gorra de visera, a quien quise identificar como el presidente de la comisión de vecinos. El conciliábulo duró casi media hora. Pensé que, de disponer de un poderoso catalejo, hubiera podido enterarme de lo que estuvieron hablando con sólo seguirles el movimiento de los labios.

Eso es, por lo menos, lo que conseguí hacer en Madrid, poco antes de que las circunstan-

cias nos obligasen a huir de España. Recuerdo que aquella mañana estaba con mi hijo tomando el sol en la Alameda de San Ponce, junto al Puente de la Estrella. Al otro lado del paseo, a unos treinta metros, dialogaba un reducido grupo de caballeros que, a despecho de la benignidad del clima, se mantenían concienzudamente embozados. Ese detalle, por lo absurdo, sirvió para ponerme en guardia. Uno de ellos, sin embargo, debió de sentir demasiado calor y acabó descubriendo el rostro. Era precisamente quien llevaba la voz cantante. Enfoqué mi binóculo hacia él y, con una facilidad de la que yo mismo fui el primer sorprendido, pude descifrar en sus labios las terribles consignas que nos sentenciaban a muerte para aquel próximo fin de semana.

Al día siguiente, viernes, Manuelito y yo huíamos apresuradamente del país.

—¡Libres, libres! —exclamé, en el preciso instante en que atravesábamos la frontera.

Pero lo cierto —según ha quedado demostrado suficientemente— es que para los hombres íntegros —para los hombres que aman de verdad y que no se sienten coartados a la

hora de demostrarlo— la libertad es sólo un mito, una hermosa fábula con la que una madre ni siquiera podría convencer al más ingenuo de sus hijos.

(*Nota especial para el comisario Duhamel.* El día 26 —como hicimos constar oportunamente— estuvimos en una tienda de la rue de la Salpêtrière, en la que nos aprovisionamos de abundantes alimentos. De ello hace sólo dos días escasos. Hoy, sin embargo, todas nuestras reservas han quedado reducidas a una botella de leche, un par de huevos, tres patatas y algunos frutos secos. Esto resulta ciertamente extraño y desalentador. No encuentro una explicación lógica.)

Día 29 de marzo. Santos Eustasio, Jonás y Victoriano

Nada especial. Los enemigos siguen revoloteando alrededor, pero no se deciden a atacar.

Carmona, en las tinieblas de su misterioso cuartel general, estará a buen seguro muriéndose de impaciencia. ¡Ah, sí! ¡Cuánto debe de sufrir ese abominable tirano, al comprobar que nada pueden sus sicarios contra nosotros! ¿Podía sospechar ese villano hace apenas un año —cuando me acusó por segunda vez ante las autoridades españolas— que al cabo de tanto tiempo no habría conseguido todavía su objetivo y que el trono de la Congregación —en espera de Manuelito— continuaría vacante?

Aquella segunda acusación —presentada sólo quince días después de que hubiesen desestimado la primera— se fundamentó en mi supuesta locura y me supuso momentos difíciles, porque no resulta nada fácil demostrar nuestra cordura. Pero ¿sabe usted, Duhamel, que en esa ocasión fue el propio Manuelito quien redactó la Memoria que acabaría convenciendo a los jueces sobre la integridad de mis facultades mentales?

Deseáis ahora, dignísimos señores —escribió—, cercioraros de la inteligencia de mi pa-

dre —al que hace pocos días acusaron ante estas mismas respetabilísimas autoridades de someterme a malos tratos— y nos pedís que expongamos, a nuestro modo de ver, cuáles son las causas que deben hacer desestimar esa malévola acusación, presentada precisamente por quien, a fin de cuentas, debería ser considerado como un auténtico enemigo del pueblo. Quiero hacer constar, antes de continuar, que mi padre dispone de su propia fórmula matemática con la que puede demostrar a cualquiera que se mantiene cuerdo. Pero como esta vez la denuncia presentada se fundamenta, al parecer, en tres razones principales, preferimos analizar cuáles son esas razones para refutarlas luego a conciencia, sin necesidad de recurrir a la suprema sabiduría del número. He aquí, según mis noticias, los argumentos esgrimidos por nuestro contumaz adversario:

A) *Haber tenido intención de batirse en duelo con el gran congregacionista, es decir, con ese monstruo de maldad al que sus secuaces, con torpe y fingido espíritu democrático, llaman simplemente Carmona.*

Cierto, señores: la ley, efectivamente, ha

prohibido el duelo. Como contrapartida, ofrece soluciones pacíficas para salvar cualquier diferencia que pueda surgir entre hombres nacidos de mujer. Mi padre —y yo con mi padre— no podemos menos de aplaudir esa sabia disposición que no permite abandonar la administración de la justicia al más hábil o al más fuerte, sino al que tiene mejores derechos. Pero ¿vale también la prohibición cuando el retador es, como Carmona, un hombre que posee, entre los más altos estamentos de la nación, secretas y decisivas influencias? ¿Podría litigarse contra semejante personaje con las más remotas probabilidades de éxito? ¿No era el duelo a espada, sable o pistola, la única posibilidad que tenía mi padre para, sin necesidad de confiar en una problemática sentencia favorable, vengarse del gran congregacionista?

B) *Demostrar, ante todo el mundo, una desconfianza general y absoluta.*

Sobre este punto, señores magistrados, quiero hacer notar que la desconfianza de mi padre no es general, sino circunscrita exclusivamente a todo aquello que se escapa a su compren-

sión. La acusación, en este punto, me parece completamente gratuita. Que el cielo se despoje de sus nubes y veréis cómo mi padre, traspasado por el azul, vuelve a ser el mismo que fue en su niñez. Además, ¿es que acaso puede exigirse a un hombre de nuestro siglo, cuando acaba de inventarse ya la dinamita, que deposite su confianza en los demás? Creedme, señores: si fuese preciso elegir entre los dos extremos, tal vez resultara mucho más lógico inclinarse hacia la desconfianza que es, en definitiva, la madre preclara de la seguridad.

De cualquier forma, señores, mi padre no ha sido siempre igual. La confianza, el exceso de confianza fue en su niñez —y aun en su primera juventud— uno de sus defectos más señalados. Mi señor padre, por ejemplo, confió siempre en mi madre y supo confiar también en el señor arzobispo Carvallo, a despecho incluso de lo que algunos andaban chismorreando por ahí.

C) *Tenerme a mí por el más inteligente y hermoso muchacho del mundo, a pesar de que, según el denunciante, yo soy únicamente un pobre retrasado mental.*

Por lo que se refiere a este extremo, señores míos, permitidme que, obligado por mi natural modestia, no sea precisamente yo quien justifique y demuestre las ideas de mi padre. Parece fuera de toda duda, sin embargo, que no soy yo el menos bello y el menos inteligente de cuantos niños existen en el mundo. Y digo esto sin la menor presunción, porque sé muy bien que resultaría ridículo vanagloriarse por la posesión de unos dones que, en definitiva, solamente concede Dios, sin la menor participación por nuestra parte. Pero, incluso suponiendo que yo fuese, como aseguran nuestros enemigos, un niño canijo, atrasado mental e incapaz de coordinar dos ideas, ¿no resultaría hasta cierto punto justificable que mi padre viese en mí al más hermoso de los hijos? ¿No significaría lo contrario reconocer públicamente su fracaso como hombre-reproductor?

Ésa fue, más o menos, la respuesta que redactó Manuelito y que sirvió para paralizar durante algunas semanas la acción de Carmona. Los jueces, finalmente, acabaron rechazando la denuncia y felicitaron incluso a mi hijo

por la brillantez y agudeza de su escrito. «El padre de la criatura capaz de redactar tan lindo manifiesto —nos escribió uno de ellos, a título particular—, debe de ser forzosamente un hombre muy inteligente, equilibrado y cabal. Y nos parece que una estirpe semejante debería perpetuarse hasta el final de los tiempos. Por lo que a mí se refiere —ignoro lo que piensan al respecto mis colegas—, estoy persuadido de que la persona que le denunció es un infeliz envidioso. Y le llamo infeliz con toda propiedad, porque la envidia es un vicio sin placer, tal vez el único pecado que no admite, a su lado, ninguna clase de deleite.»

Día 30 de marzo

Esta mañana, luego de comerse el último huevo frito, Manuelito se me quedó mirando con sus enormes ojos azules, y su pecho se alzó apenas con un delicado suspiro.

—¿En qué estás pensando? —le pregunté.

—Estoy pensando —respondió— en aquellas tribus de caledonios que sabían preparar un alimento tan concentrado que, tomando de él una cantidad igual al tamaño de una haba, era suficiente para no sentir hambre ni sed en muchos días.

—¿Significa que te has quedado con hambre?

—¡Oh, nada de eso! —protestó, con un hilo de voz.

Y en seguida, para demostrarme que su vigor intelectual y su curiosidad científica se mantenían intactas, se pasó toda la tarde trabajando sobre complicadísimos planos, que él mismo había ido dibujando valiéndose de los cantos del *Handbuch der Mathematischen und Technischen,* que es el libro de mayor formato de cuantos posee.

—He aquí, padre mío —me mostró luego, con su modestia de siempre—, mi último invento.

—¿Qué invento es ése, mi Leonardo da Vinci? —le pregunté yo, sin ver nada en el complicadísimo dibujo.

—Se trata del interior de una iglesia, en

que todas las escaleras, exteriores e interiores, han sido sustituidas por planos inclinados.

—¿Y qué se logrará con eso?

—Que los fieles puedan circular por el interior del templo en velocípedo —me explicó.

De no ser sabedor y testigo de la profunda religiosidad de mi hijo, hubiera podido pensar que se trataba de una chanza tan irreverente como gratuita. Manuelito, sin embargo, es un niño piadoso, por lo que estoy obligado a creer —aunque no acabe de verlo claro— que su invento está de algún modo relacionado con la escasa religiosidad que hoy se observa en amplios sectores de la población.

(*Nota especial para monsieur Duhamel.* Durante todo el día sólo he visto aparecer en las ventanas de la casa de enfrente a la mujer vestida de verde, que hoy no vestía de verde, sino de azul.)

Día 31 de marzo

Sin querer entrar ahora en sesudas consideraciones sobre la eficacia de su invento, la idea de los planos inclinados ha venido a demostrarme que, por ahora, el talento creador de mi hijo se mantiene intacto y que todavía no hay motivos para pensar que la deficiente alimentación empieza a influir negativamente en su índice vital, como ocurrió días atrás. Tal vez pase un poco de hambre, pero no hasta el punto de que su actividad intelectual y afectiva se vea alterada.

El único que aquí pasa hambre, monsieur Duhamel, soy yo. Cierto que yo importo poco y que, en consecuencia, no debería malgastar ni una sola palabra hablándole de mí; pero, por una vez, aunque usted pueda pensar que me concedo excesiva importancia, le diré que toda la tarde he venido sintiendo un terrible escozor en el estómago, que me obligó a

bostezar dolorosamente. En este preciso instante, por ejemplo, siento dentro de mí un vacío inmenso y mi cabeza, pesada y mal equilibrada, se balancea sobre mis hombres. Y si por casualidad bajo la mirada al suelo, experimento intensos vértigos que me hacen perder de vista el mundo.

Si mañana continúan los mismos dolores, me apretaré el estómago con una cuerda. He oído decir que, en estos casos, constituye un remedio ideal. Pero, me sienta o no me sienta aliviado, de ningún modo estoy dispuesto a retractarme de ceder a Manuelito la mitad de mis alimentos.

Día 1 de abril

Anoche —me dormí oyendo otra vez el ruido de muebles arrastrándose por el piso de arriba— tuve un sueño largo, profundo, comatoso, repleto de lúgubres visiones. Vi, por

ejemplo, a mi hijo tal como, al parecer, le ven las demás personas, especialmente la portera: sentado e inmóvil en su sillita de paja, sosteniendo sobre las rodillas uno de esos libros que él no puede ni podrá leer nunca, y sin dejar de sonreír a esa legión de angelitos que no son capaces de ver los niños inteligentes, los niños hermosos y completos. Me desperté angustiado y corrí a su habitación.

—No, no —me dije, contemplando su exquisita belleza y tranquilizándome—. Todo ha sido una horrible pesadilla, enviada tal vez por esos malvados.

Quise luego continuar durmiendo; pero, al despertarme, se me despertó también este hambre cruel que me lacera, de forma que ya no hubo forma de volver a conciliar el sueño.

Día 2 de abril. San Francisco de Paula

He aquí un razonamiento lógico, que acabo de hacerme hace un instante: los congregacio-

nistas quieren a Manuelito vivo, no muerto. Por lo tanto, si acudimos a un restaurante —incluso al de Lorilleux— no existe el menor riesgo de que ellos pongan veneno en el plato de mi hijo. Se trata, en consecuencia, de que yo coma de su mismo plato.

Así es que ya está decidido: mañana volveremos al restaurante de Lorilleux. Pediremos dos platos de lentejas, apartaré discretamente a un lado el plato que me sirva el camarero y comeré la mitad de las lentejas de Manuelito.

Resulta estúpido que, hasta hoy, no se me haya ocurrido esa estratagema.

P. D. No tengo inconveniente en reconocer públicamente que las excelentes lentejas de Lorilleux, que por lo general sirve mezcladas con arroz y patatas, son muy dignas de que por ellas se corra algún riesgo.

Día 3 de abril. San Ricardo

Advierta usted, comisario Duhamel, de qué medios se sirven esos canallas para intentar humillarme. Hoy, tal como le anuncié ayer, nos hemos presentado en la casa de comidas de Lorilleux. Era la hora de mayor afluencia de clientes y no quedaba ni una sola mesa libre. Nos situamos de pie junto a la escalera, esperando que quedase alguna mesa libre. Lorilleux, al vernos, cambió de color. Desapareció en la trastienda y cinco minutos después reapareció con un mandil nuevo. Se acercó entonces hasta donde estábamos nosotros, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Mi querido señor Zambrana! —exclamó—. ¿Cómo es que, desde hace tantos días, le habíamos perdido de vista?

—No piense usted que hemos venido hasta aquí para perder el tiempo hablando con posa-

deros —le contesté, agarrando a Manuelito por el brazo.

—¿No es usted ya mi amigo?

—Jamás lo fui —repliqué.

—De cualquier forma —dijo Lorilleux, un tanto amoscado—, pueden ustedes sentarse a la mesa del fondo.

Quedaba, efectivamente, una mesa libre que no habíamos podido ver desde la entrada. Tomamos asiento y pedí, como el que no quiere, dos platos de lentejas. Nos sirvió el propio Lorilleux y, apenas se hubo alejado, aparté a un lado el plato que había puesto frente a mí y comí en el de Manuelito, que coloqué en el centro de la mesa. Cucharada él y cucharada yo, hasta terminar. Dios es testigo de que, pese al hambre cruel que me devoraba, no me llevé a la boca ni una cucharada más de las que se llevó mi hijo. En todo momento procuré mostrarme circunspecto, y cuando volví a pedir que llenaran el plato, lo hice con desgana, casi con aire caprichoso, como cuando en mis buenos tiempos, en Méjico, pedía a mis sirvientas cualquier postre exquisito que viniese a coronar triunfalmente un opíparo festín.

—¿Significa eso —me preguntó entonces Lorilleux, rozándome la frente con sus enormes bigotazos de bandolero— que está usted dispuesto a pagarme cinco platos de lentejas?

—¿Cómo cinco platos? —protesté—. ¿Qué cuentas son las suyas? Dos de antes y uno de ahora, que todavía no nos ha servido, ¿no son únicamente tres platos?

Lorilleux se sonrió levemente.

—¿Olvida usted que la última vez que estuvieron aquí se marcharon sin pagar?

Aquella inesperada declaración me sublevó la sangre. Agarré a Lorilleux por el cuello y lancé una terrible mirada por todo el restaurante, buscando testigos de mi indignación.

—¿Qué es lo que pretende usted ahora, Lorilleux? ¿Intenta usted avergonzarme frente a todos estos dignísimos señores? ¿Son acaso ésas las nuevas consignas que ha recibido de esos malditos congregacionistas?

Arrojé sobre la mesa los diez francos que servían para pagar cumplidamente los dos platos de lentejas y salí a la calle con Manuelito, mientras Lorilleux, avergonzado frente a sus clientes, se justificaba diciendo que, sólo en

atención a mi hijo, «por el que sentía una profunda compasión», no había querido reaccionar violentamente.

Día 4 de abril. Santos Isidoro y Benito, arzobispos, y Platón, monje

He pasado el día con fuertes dolores de estómago y me he visto precisado a vomitar varias veces. Creo que el siniestro Lorilleux, de una u otra forma, consiguió envenenarme. Escribo desde la cama, sin fuerzas casi para sostener la pluma. Manuelito, sentado a mi vera, me pasa de vez en cuando por la frente un pañuelo que previamente empapa en vinagre. Me consume la fiebre.

Son ahora las cinco de la tarde. Me extraña —y yo diría incluso que me entristece— que en estas graves horas el reloj del Conservatoire continúe dando sus campanadas como si tal cosa. Hace un momento, en un esfuerzo supremo, conseguí levantarme, fui a la cocina

y recogí las últimas avellanas, que presenté a mi hijo en un platito, con medio vaso de leche y un par de peladillas.

Sí, no hay duda de que esos hampones han conseguido envenenarme y de que sólo este infinito amor que siento por mi hijo hace posible que todavía continúe vivo. Lorilleux, por lo visto, consiguió mezclar alguna pócima mortal en las lentejas de ayer. Y puesto que Manuelito, que comió de las mismas lentejas, se encuentra perfectamente, no me queda más remedio que pensar que el veneno que utilizaron sería de alguna clase especial, capaz únicamente de ejercer su perniciosa influencia sobre organismos adultos.

(*Nota especial para el comisario Duhamel.* Sé que Manuelito se ha pasado todo el día buscando la fórmula de algún contraveneno que me permita sobrevivir. No crea, pues, comisario, que el talento de mi hijo iba a permitir que muriese sin hacer algo por evitarlo. No me ha dicho nada sobre el particular, pero en su tristísima mirada puedo leer que sus investigaciones, por ahora, no han dado resultado.)

Día 5 de abril. San Vicente Ferrer y santa Irene

Muero, no hay duda. Manuelito continúa sentado junto a la cabecera de la cama, sin apartar sus ojos de los míos, conteniendo a duras penas las lágrimas. Sus idas y venidas a su cuarto, donde ayer estuvo estudiando la forma de devolverme la salud, son ya mucho menos frecuentes. Ha perdido, sin duda, la esperanza. La fiebre me hace sudar copiosamente, y ni siquiera encuentro alivio en el pañuelo empapado de vinagre que me pasa continuamente por la frente. Deberá usted, monsieur Duhamel, excusar mi pésima caligrafía, pues ni mis fuerzas, que han desaparecido, ni mi postura, que no es nada cómoda, me permiten que le escriba con la claridad de costumbre.

—Hijo querido —le he mentido piadosamente a Manuelito—. Esto que me ocurre no

es nada que deba preocuparte. La fiebre, en fin de cuentas, es solamente un exceso de vida. Lo peor será que un día, tal vez mañana, descubras, al darme el beso matutino, que estoy helado. Eso, ángel amado, significará que tu padre estará ya muerto y que nadie podrá responder a tus caricias, y que nadie podrá defenderte y que deberás limpiarte tú mismo la nariz cuando estés resfriado y se te caigan los moquitos.

—Padre mío —respondió él sollozando—. ¿Por qué vas a morirte tú, si eres mi padre?

Y con sus dos manitas apretó la mía y apoyó la cabeza en mi pecho hasta que se quedó dormido.

Día 6 de abril. Santos Celestino, Celso y Guillermo

Esta mañana, al despertarme, quise sentirme sin fiebre. Fui a la cocina, rebusqué en el armario y tuve la suerte de encontrar una pa-

tata de regulares dimensiones. La última patata, con toda seguridad, de nuestra despensa. Puse una cazuela con agua en el fuego, mondé la patata, metí luego la patata en la cazuela y media hora después pude servírsela a mi prenda adorada. Pretendió repartírsela conmigo, pero me negué rotundamente.

—Aquí tengo yo una hermosa mondadura —le dije— que pienso freír con el aceite que nos queda.

La fiebre me obligó finalmente a regresar a la cama, pero aun con todo, mi querido Duhamel, debo confesarle que hoy no me siento peor que ayer, pese a que mi debilidad continúa siendo extrema y no puedo permanecer largo tiempo de pie sin que se me vaya la cabeza. Hoy, por otra parte, he llegado a la conclusión de que mi indisposición no se debe, en realidad, a las lentejas del otro día. Porque ¿no cree usted, mi buen comisario, que si hubiesen sido culpables las lentejas, podría pensar en ellas con tanta nostalgia? ¿No es el estómago de cada cual, a la hora de determinar lo que nos sentó mal, el más seguro, eficaz y leal consejero?

Son ahora las seis de la tarde, pero continuaré en la cama durante todo el día. Mañana, si la fiebre acaba remitiendo completamente, volveremos al restaurante de Lorilleux y repetiremos la estratagema del otro día, porque, pese a cualquier otra consideración, no creo que se encuentren en todo París unas lentejas tan sabrosas como las suyas.

(*Nota especial para monsieur Duhamel.* Manuelito, mientras le escribo estas notas desde la cama, se mantiene en guardia junto al balcón, observando los movimientos de nuestros enemigos. Me dice que está lloviendo torrencialmente y que todas las ventanas de la casa de enfrente permanecen cerradas, pero yo sé muy bien que ellos siguen acechando tras los postigos.)

Día 7 de abril. San Donato

Sobre las tres de la tarde —un poco después de lo previsto— hemos salido a la calle y muy lentamente, apoyándome casi en las paredes, nos hemos encaminado hacia el restaurante de Lorilleux. Disponía aún de ciento cincuenta francos, y estaba dispuesto a echárselos por la cara si ese cretino volvía a repetirme su cantinela del otro día. El restaurante de Lorilleux, sin embargo, estaba cerrado y nos vimos obligados a continuar calle arriba.

¡Ah, sí, mi querido comisario! ¿A quién aseguró hoy la cuerda? ¿A quién sujetó? ¿Sujetó a mi hijo, o me sujetó a mí, que continuamente estuve en trance de perder el equilibrio? ¿No fui yo el ciego y mi hijo el lazarillo animoso? ¿No se ganó mi niño la admiración y el respeto de los viandantes que observaron pasmados nuestro doloroso vía crucis y vieron cómo él tiraba amorosamente de su maltrecho padre?

Conseguimos finalmente entrar en el restaurante de la Gare du Sud y comer lentejas hasta reventar, pero sin los apresuramientos nefastos del otro día. La fiesta me costó veinte francos, que he dado por muy bien empleados. Regresamos luego a casa y nos pasamos la tarde durmiendo, porque, con las lentejas, bebimos bastante vino. Manuelito continúa todavía en la cama; pero yo, fiel a mi cita con el diario —y recuperadas en gran parte las fuerzas—, no pienso dormir en toda la noche. He acercado la silla al balcón y, a través de los visillos puedo observar atentamente el siniestro juego de luces en la fachada de la casa de enfrente. Existe, sin duda, algún código secreto que rige el movimiento de esas luces. Por ejemplo, cuando se enciende la luz de la última ventana de la izquierda, en el segundo piso, se apaga simultáneamente la primera ventana de la derecha, en el tercer piso. Y otras veces sucede al revés: se apaga la última ventana de la izquierda del segundo piso y, al mismo tiempo, se enciende la primera ventana de la derecha del tercer piso.

—¿Cuál será la clave de todos esos ciclos?

—me pregunto—. ¿Qué es lo que esos malvados estarán comunicándose?

No crea usted, monsieur Duhamel, que luego de haber superado la aguda crisis de hace unos días —que me llegó en forma de una atroz indigestión—, me siento suficientemente optimista para cantar victoria. Sé muy bien que la guerra será larga y que faltan todavía muchas batallas que vencer. Me preocupa, además, el dinero, porque, como decía alguien, una guerra emprendida sin una buena provisión de dinero no dispone más que de una pequeña tronera para disparar. Después de la comida de hoy, mis recursos económicos han quedado reducidos a ciento treinta francos. ¿Qué podremos hacer cuando se acabe ese dinero? ¿Recurrir a la mendicidad? ¿Buscar un trabajo que nos permita ir tirando, pero que me obligue a dejar solo a Manuelito durante algunas horas al día?

Tal vez sea ése el momento que esperan nuestros enemigos, para lanzarse al definitivo ataque.

Día 8 de abril. Santos Edeso y Jenaro, mártires

Hoy, por lo que pueda ocurrir, he redactado mi testamento. No me considero un hombre rico —todas mis propiedades me fueron confiscadas; pero, a despecho de mis escasos francos, considero que un testamento sincero viene a definir cuáles son mis mayores anhelos y puede, al mismo tiempo, constituir una pista más al servicio de la policía, en el supuesto de que mi muerte no fuese natural.

He aquí, transcrito punto por punto, todo lo que he dispuesto:

Dono y lego todos mis bienes muebles e inmuebles que poseyere en el momento de mi muerte a mi único y adorado hijo Camilo Pedro Francisco Manuel Zambrana —no vamos a perder el tiempo especificando ahora su se-

gundo apellido— quien, con amor y compañía, me ayuda a soportar con menos amargura todas las inquietudes y tormentos que se complacen en suscitarme.

Dispongo que mi hijo, a mi muerte, sea enviado a los mejores colegios de la nación, donde pueda recibir una educación especial que complemente y abrillante todavía más, si ello fuese posible, su ya portentosa cultura. Y que al salir del colegio se le coloque, para practicar, en casa de un prestigioso sastre.

Dispongo también que, durante todos esos años, y hasta que pueda defenderse por sí mismo, sea custodiado por media docena de guardias fornidos y experimentados en esa clase de menesteres, elegidos entre los de mejor historial y cuyos antecedentes, hasta el tercer grado de consanguinidad, hayan sido convenientemente investigados.

Dispongo asimismo que, cuando mi hijo muera, sea enterrado en mi propia tumba, de forma que, con el tiempo, nuestros huesos se conviertan en un solo polvo y nuestras calaveras queden encaradas por los siglos de los siglos, como si todavía pudiesen verse.

Y dispongo que, fuera de la verja de nuestra tumba —en la que nadie más, bajo ningún pretexto, deberá ser enterrado— se deje una distancia de un metro treinta y cinco centímetros para poder practicar las reparaciones que sean necesarias, sin necesidad de pisar las fosas de nuestros vecinos. Y que la verja sea cerrada con gruesas cadenas, de modo que el sepulcro quede al abrigo de los malévolos profanadores.

Éste ha sido mi testamento. Que todo lo demás lo pongan los notarios, tan amigos siempre de la forma.

Día 9 de abril. Santa Casilda

Hemos vuelto al restaurante de Lorilleux, que no nos hizo ningún comentario por la escena del otro día. Vimos a Dupont, el tendero. Ese perillán ha enflaquecido sensiblemente

durante estos días. Dupont y Lorilleux, con una sonrisa de circunstancias, se acercaron a nuestra mesa.

—¡Pardiez! —se extrañó Dupont, con su voz de flauta—. ¿Comen ustedes en un solo plato?

—¿Le sorprende mi astucia?

—¡Zambrana, hombre de Dios! ¡Olvide ya sus suspicacias! ¡La verdad es que le encuentro con un aspecto óptimo! ¿Estuvo usted fuera de París? ¿En la montaña tal vez?

—Estuve donde tenía que estar —le contesté—. Manuelito es mi única montaña.

Lorilleux y Dupont no aplaudieron, desde luego, mi hermosa metáfora. Dupont se encogió de hombros y dejó caer la mirada sobre nuestro plato de lentejas.

—Pero ¿cree usted que las lentejas son el plato más adecuado para su hijo? ¿No le parecen un poco fuertes? ¿No se le va a resentir el estómago?

No quise, amigo Duhamel, proseguir aquel absurdo diálogo, que no conducía a ninguna parte. Tracé el signo de la cruz sobre mis labios y me encogí de hombros, como dándoles

a entender que yo también tenía un jefe y me debía a unas consignas secretas que me impedían continuar hablando. Lorilleux y Dupont se alejaron entonces hacia el fondo del figón, moviendo la cabeza de izquierda a derecha, sorprendidos sin duda por mi fortaleza de ánimo.

Por la tarde, de regreso a casa, estuve hablando con Manuelito sobre nuestras posibilidades de supervivencia cuando se nos acabe el dinero, que hoy ha quedado reducido a noventa y cinco francos. De cualquier forma, pase lo que pase, hemos decidido no recurrir jamás a la mendicidad, actividad que, sin duda, acabaría afectando nuestra moral de combatientes.

Día 10 de abril. San Ezequiel

Esta mañana Manuelito, que debió de sospechar mis preocupaciones de ayer, me estuvo

enumerando una larga serie de inventos cuya venta podría proporcionarnos una cuantiosa fuente de ingresos. He aquí algunos :

— Una cabeza parlante, construida a partir de la cabeza embalsamada de un muerto, con sólo colocarle una delgada lámina de oro bajo la lengua.

— La misma cabeza, fabricada en bronce, como la que construyó el gran Silvestre II.

— Una efigie de Nuestra Señora, capaz de llorar gracias a un depósito secreto de aceite oculto entre los dos tableros que forman el cuadro. El calor de los numerosos cirios encendidos frente al cuadro en loor de la Virgen, al calentar el aceite, lo haría salir por dos agujeros abiertos en el ángulo de los ojos.

— Un cofre resonante capaz de ahuyentar a los ladrones que lo hayan abierto furtivamente.

— Una lámpara perpetua, como aquella por la que tanto suspiraron infinidad de alquimistas medievales.

— Una estatua inteligente, facultada para predecir el porvenir, con vistas a la posibili-

dad de establecer en nuestro propio domicilio un consultorio abierto al público.

— Un líquido susceptible de cambiar de color.

—Alguno de esos inventos, hijo querido, no me parecen oportunos —le dije—, porque daríamos a nuestros inquisidores oportunidad para conducirnos impunemente a la hoguera. Mejor será que, por ahora, concentres todos tus esfuerzos en la construcción de esas lámparas perpetuas, capaces de arder eternamente.

Parece ser que la fabricación de semejantes lámparas exige un combustible inagotable y un vehículo que tampoco pueda ser destruido por la combustión. Así que, mientras no disponga de una materia prima idónea, Manuelito piensa encaminar sus investigaciones hacia otros inventos más prácticos. Esta tarde, por ejemplo, me ha dado una buena muestra de su ingenio al colgar un jarrón detrás de la puerta de la escalera. Cuando ese jarrón, colgado al final de una larga cuerda, empiece a oscilar, será señal evidente de que nuestros

enemigos se acercan: el sacudimiento precipitado del suelo, transmitiéndose a través de la pared, imprimirá sin duda al jarrón un movimiento pendular, muy fácil de advertir desde cualquier rincón del comedor, e incluso desde el pasillo.

Día 11 de abril. Santa Gema

Una nueva forma de guerrear, que demuestra el malicioso ingenio y el variadísimo arsenal a disposición de esos bribones: esta mañana, mientras yo estaba en el balcón inspeccionando la periferia, apareció en su ventana la mujer vestida de verde. Al verme, principió a sonreírse. Luego, con calculada parsimonia, empezó a quitarse la ropa hasta quedar completamente desnuda. Sentí como un vértigo, porque yo, pese a todo, soy muy hombre. La increpé, amenazándola con el puño, pero ella continuó en la ventana, sin impor-

tarle convertirme en testigo de sus adiposidades.

—¡Perra! —le grité—. ¿Tú también piensas, como aquella mujer, que puedes convertirme en esclavo de tu cuerpo?

Soy muy hombre, señor comisario. Me interesa que ese extremo quede muy claro. No tiene usted que prestar atención a esos injuriosos comentarios que pretenden presentarme como impotente. ¿Cómo pude, si no, fecundar a aquella mujer? ¿Cómo pudo nacer luego Manuelito? ¿Va a decirme usted también que mi hijo, a fuerza de ser deseado, se engendró en el vientre de su madre por generación espontánea?

Soy muy hombre, Duhamel. Y mi reacción a la desvergonzada actitud de esa mujer hubiera sido muy distinta de saber que, por detrás de su provocación, no se escondía alguna trampa mortal. Me limité, por tanto, a mostrarle mi enorme pene —del que cualquier hombre podría sentirse legítimamente orgulloso— y a darle a entender, con los ademanes que consideré oportunos, toda su extraordinaria fortaleza.

Día 12 de abril. San Víctor

Esta mañana, mientras Manuelito estaba todavía durmiendo, ha venido a visitarnos el padre Devergie, del hospital de Beaujon. A punto estuve de no abrirle la puerta, pensando que era la portera. El buen hombre, para justificar su visita, me explicó que en todo el barrio se hablaba mucho de mí y que hacía ya algún tiempo que deseaba conocerme.

—¿Acaso deseáis, reverendo, catequizarme? —le pregunté, poniéndome en guardia.

—¡Solamente una conversación entre buenos amigos que en una tarde de primavera se explican todos sus problemas! —respondió él, sonriendo.

—El diablo existe. Tiene tres cabezas. Una de sapo, otra de gato y la tercera de hombre.

—¡Oh, claro que existe! ¡Nos lo enseñó el papa Inocencio!

—Siendo así, ¿por qué no tenéis la gentileza de mostrarme vuestros pantalones?

El hombre —que debió de llegar a casa prevenido contra mi peculiar forma de comportarme— se levantó la sotana hasta la altura de las rodillas y me mostró, efectivamente, los pantalones que los verdaderos sacerdotes católicos utilizan por debajo del hábito.

—¿Y vuestra tonsura?

—Véala —me dijo—. Ahí la tiene.

—Entonces, ¿sois realmente un sacerdote?

—Lo soy, gracias a Dios —repuso.

—Sabed, pues, padre, que en este barrio no existe, a buen seguro, tan buen cristiano como yo. Creo sinceramente que el cristianismo marcha a la cabeza del progreso humano y que el Evangelio es el código del pueblo y la proclamación de su libertad.

—¿Por qué, entonces, habéis llegado a desconfiar de mí, que me presento con la palabra del Señor?

—Pensé que le habían enviado los congregacionistas.

—No tengo todavía el gusto de conocer a esos respetables señores —dijo.

—¿Cómo es posible? —exclamé, sorprendido—. ¿Llamáis respetables a esos desalmados? ¿No sabéis que esa gente, reclutada entre los más peligrosos delincuentes del orbe, aspiran nada menos que a la dominación universal? ¿No sabéis que son los precursores de la destrucción y que, desde hace ya bastante tiempo, intentan por todos los medios apoderarse de mi hijo?

—He oído también hablar de vuestro hijo —repuso el cura—. ¿Dónde está ahora esa infeliz criatura?

—No tenéis derecho a llamar infeliz a mi hijo —repliqué, conteniéndome a duras penas—. ¿Todavía no habéis oído hablar de su gran talento y su extraordinaria hermosura? ¿Y no dispone acaso del más amante y esforzado padre del mundo?

—No es precisamente eso lo que se cuenta por el barrio —repuso el cura con cierta severidad.

—Pues sabed entonces, señor abogado del diablo, que ese niño, al que vos llamáis alegremente infeliz, acaba de inventar un templo en el que todas las escaleras han sido sustituidas

por planos inclinados. ¿Creéis por ventura que esa idea está al alcance de todos aquellos a quienes absolvéis por pura rutina?

El reverendo Devergie, en lugar de congratularse por un invento que habrá de facilitar, sin duda, el acceso de los fieles a las iglesias, se levantó y me miró tristemente a los ojos.

—Creo que no puedo hacer nada por ayudarle —dijo.

Y salió de nuestra casa después de haber trazado en el aire, con la diestra, el signo de la cruz.

Nota adicional. Debo confesar, a fuer de sincero, que no me preocupa excesivamente la severa actitud del reverendo Devergie. Usted sabe muy bien, Duhamel, que no sería la primera vez que los peores designios de Satán se esconden tras los más venerables hábitos. Recuerdo que, mientras estuve en Toledo, silla de reyes y corona de sus reinos, los más afamados exorcistas del país consiguieron sacar del cuerpo de un infeliz clérigo nada menos que 990 850 legiones de diablos, echando por la boca las más extraordinarias señales. El ge-

neral de todos ellos se llamaba Asrael y cada legión, mandada por un capitán, se componía de 6 666 diablos, con su correspondiente bagaje, artillería y tren. ¿Se da cuenta, Duhamel, de lo mucho que puede esconderse en el cuerpo de algunos infelices sacerdotes?

Día 13 de abril. San Martín I

Esta mañana, cuando nos disponíamos a salir a la calle, nos cerró el paso la portera. Me entregó una citación de la policía. Un bromazo, sin duda. Ordenan que me presente, acompañado de Manuelito, en la comisaría del distrito. Firma la citación un tal comisario Baillarger, que desde luego no es usted.

No pienso acudir a la citación. Es una trampa. Usted, mi entrañable Duhamel, es el único comisario del distrito. A ningún otro policía conozco. Se lo he explicado así a la portera.

—En todo París no existe ningún comisario

que se llame Duhamel —me respondió esa horrible alsaciana, atándose las cintas rojas de las medias—, Baillarger es el único comisario de este distrito, y él es precisamente quien firma la citación.

—¿Cómo sabe usted que la firma ese tal Baillarger, que Dios confunda, si la citación me llegó cerrada?

—No hay nadie en toda la ciudad que se llame Duhamel —insistió ella, como si conociese los nombres de todos.

Sin embargo, amigo Duhamel, yo sé muy bien que usted existe. Usted tiene que existir, debe existir, porque usted, Duhamel, es la única persona en que puedo confiar. A fuerza de referirme a usted en mi diario, he aprendido a quererle y a respetarle. Es usted, Duhamel, mi único amigo. Nada le exijo a cambio, sólo que exista, porque vivir sin amigos, como decía aquél, significa tanto como morir sin testigos. Pensará usted que la amistad que nada exige es, casi siempre, la amistad del débil, pero, pese a todo, yo le necesito, Duhamel. He aquí una amarga pregunta, ¿quién estaría con nosotros si usted, por obra y gracia de esos

encantadores, llegase a convertirse en una ficción?

¡Sea usted, Duhamel! ¡Sea usted y permanezca a nuestro lado! ¡Ah, si supiese cuánto ha llegado a quererle Manuelito! ¡Si supiese con cuánta atención escucha mi niño las historias que yo le explico y en las que usted es siempre el héroe que arriesga y aun sacrifica su vida por la tranquilidad de los humildes!

¡Sea usted, amigo mío! ¡No permita que, desapareciendo, quedemos nosotros absolutamente solos!

Día 14 de abril. San Lamberto

Ningún acontecimiento especial ha venido hoy a turbar nuestra paz. No nos hemos presentado, desde luego, en la comisaría. Todo fue, sin duda, una añagaza. Quisieron hacernos creer que estábamos solos, cuando sabemos muy bien que usted existe y que está a

nuestro lado. Hemos acudido al figón de Lorilleux y volvimos a insistir con las lentejas, que durante estos días han engordado notablemente a mi hijo. Sin necesidad de pedírselo, el propio Lorilleux nos las sirvió en un mismo plato. De regreso a casa, en la última encrucijada, descubrí tres caballeros con chistera, entre ellos al que hace ya algunas semanas nos persiguió hasta el cuartel de Saint Honoré y que, al parecer, no utiliza ya su traje rojo. No hicieron ademán de atacarnos, se limitaron a sonreír.

Una vez en casa, se nubla el sol, retumba el trueno y empieza a llover. Desde el balcón observo cómo los tres hombres, que continuaban detenidos en la esquina, corren hacia nuestro portal en busca de refugio. Mi niño, amedrantado por el estruendo del cielo, se refugia en mis brazos.

—¡No temas, ángel mío! —le consuelo—. ¡Esos desalmados no te encontrarán nunca! ¡Sólo puedo encontrarte yo, que soy tu padre! ¡Sólo yo puedo entrar en tu pecho y sentarme tranquilamente en ese extraño corazón tuyo!

Todavía ahora, mientras estoy escribiendo, retumba de vez en cuando el trueno y el cielo se ilumina con el cárdeno resplandor de los relámpagos. Esos tres hombres se han refugiado en el portal de la casa de enfrente y desde aquí veo brillar sus siniestras chisteras, más relucientes ahora por el agua.

¿No cree usted, mi entrañable Duhamel, que mañana volverá a salir el sol? ¿No cree usted que algún día los pajarillos revolotearán alrededor de la cabecita de mi hijo? ¿Va a ser siempre de noche en casa de los pobres?

Dígame usted, Duhamel, si he actuado con prudencia: esta tarde he tapado las rendijas de la puerta y del balcón con periódicos viejos. No estoy dispuesto a consentir que mis enemigos, valiéndose de algún sistema todavía no inventado, se decidan a insuflar en el interior de nuestra casa cualquier especie de gas somnífero que pueda dormirnos, de modo que puedan luego penetrar en nuestro nido sin que nosotros podamos advertirlo.

Han dado ya las doce de la noche. Manuelito, en su cuarto, sueña en voz alta: «¡Justicia, Justicia!» En el piso de arriba vuelvo a oír

ruido de muebles que alguien arrastra a todo lo largo del pasillo.

Día 15 de abril. Santos Máximo y Crescente, mártires

Hoy, en el restaurante, Lorilleux —más obsequioso y sumiso que nunca— se empeñó en no cobrarnos el plato de lentejas. Al reclamarle la cuenta, hizo un gesto ambiguo y se encogió de hombros.

—Agradecería profundamente su gesto —le dije— si no supiese quién es usted en realidad.

—¿Quién soy yo?

—Un congregacionista. Para mí, es como si lo llevase escrito en la frente.

—Tal vez tenga usted razón —reconoció Lorilleux, para sorpresa mía—. Tal vez sea un congregacionista.

—¿Me da usted la razón, como a los locos?

—Nadie dice que esté usted loco —se apresuró a replicar—. Pero no vale la pena discutir. Soy un congregacionista.

Sonrió tristemente y acarició la cabeza de mi niño.

—La verdad es que este hijo suyo me da pena.

—¡Bravo! —exclamé—. ¡Mi hijo le da pena! ¡Me recuerda usted a mi portera! ¿Piensan acaso que repitiendo esa insensatez, acabaré pensando que mi hijo, realmente, es un retrasado mental?

—El chico, por lo menos, no parece muy feliz. Debería usted enviarle a un colegio especializado.

—¿A qué colegio? ¿A esa siniestra escuela que regenta Carmona? ¡Vamos, Lorilleux! ¡Hace ya muchos años que dejamos de ser niños! ¡Lo mejor que pueden hacer ustedes es reconocer que han fracasado, y dejarnos tranquilos!

—Por mi parte —replicó Lorilleux, sin perder su triste sonrisa—, no tienen ustedes nada que temer. Pueden ustedes venir a mi casa cuando gusten. No pienso volver a cobrarles.

De regreso a casa, recordando las palabras y la actitud de Lorilleux, reconozco que llegué a dudar. Hablé con mi niño al respecto.

—¿Y si Lorilleux no fuese lo que hemos venido pensando?

—¡Oh, padre amado? —exclamó Manuelito—. ¡Desconfía y procura huir de la serpiente que se enrosca mimosamente! ¡Piensa que pronto va a estirarse y que el veneno penetrará en tu carne!

—Sí, mi ángel —convine—. Tienes, como siempre, toda la razón del mundo. Lorilleux finge. Pero volveremos a su casa y comeremos lentejas hasta que Dios lo disponga o él se retracte.

Día 16 de abril. Santos Marcial y Calixto

Son ahora poco más de las once de la mañana. He llamado a Manuelito, que estaba leyendo en su cuarto, y le he pedido que se pusiese

a mi lado, frente al gran espejo del armario.

—Dime, prenda adorada. ¿No te das cuenta, viéndote junto a mí en el espejo, que tú y yo somos como dos gotas de agua? ¿No adviertes que los óvalos de nuestros rostros son idénticos? ¿Hay quien pueda dudar de que, efectivamente, yo sea tu padre?

—Nadie debería dudar —respondió Manuelito.

—Lo malo —reconocí— es este pelo mío, desnutrido y blanco como el de un anciano. Lo malo es no disponer aquí de algún tinte que haga mis cabellos tan lozanos y rubios como los tuyos.

Hoy hace ya tres días que recibimos la citación de la policía. Nadie ha venido a molestarnos. Todo fue una burla.

Día 17 de abril. Santos Aniceto, Esteban y Roberto

Reproduzco, monsieur Duhamel, algunas de las sentencias y máximas originales de mi hijo, pronunciadas por él durante estos últimos días.

Las flores de la primavera no brillan siempre.

Los grandes pensamientos nacen en el corazón.

Todo pasa, sólo la serenidad permanece.

La vanidad es la espuma del orgullo.

La verdad es lo que es.

Las desgracias nunca vienen solas.

Más vale pájaro en mano que ciento volando.

Reconozco que, al escuchar los dos últimos pensamientos, que por cierto pronunció ayer, tuve la impresión de haberlos oído antes en los labios de alguna otra persona. Pero, aun

cuando esas sentencias no sean en realidad originales suyas, debe reconocer, mi querido Duhamel, que las otras son más que suficientes para demostrar una vez más la inconmensurable sabiduría de esta criatura.

(*Nota complementaria, a la atención de nuestro amigo el comisario.* Ayer y hoy hemos comido en el restaurante de Lorilleux, que continúa empeñado en no cobrarnos y que hoy ha obsequiado además a mi niño con una pechuga de pollo.)

Día 18 de abril. Santos Eleuterio y Galdino, obispos

Le escribo, comisario Duhamel, bajo los efectos de una terrible impresión que me hace sudar copiosamente: son en este momento las tres de la madrugada, pero todas las luces del Conservatoire siguen iluminadas y en al-

guna de sus aulas un misterioso piano desgrana las notas de una marcha fúnebre, que nosotros podemos oír desde aquí con sospechosa nitidez.

Paz a los muertos, proclaman algunos, criticando la práctica de la autopsia. Y yo me pregunto: ¿por qué razón va a respetarse más la paz de los muertos que la paz de los que todavía están vivos? ¿Es que acaso son más importantes los muertos que los vivos? ¿Acaso podrían existir aquéllos si previamente no hubiesen existido éstos?

Perdone que vuelva a insistir sobre este punto, querido Duhamel, pero le diré una vez más que mi alma inmortal sólo podrá estar en paz después de que, por prescripción de la autoridad judicial, se me haya practicado la autopsia.

Día 18 de abril, seis de la tarde

Deberá perdonar, Duhamel, que escriba ahora con letra sensiblemente más pequeña. La explicación es que me estoy quedando sin papel y que debo aprovechar al máximo el que todavía me queda. Confío, sin embargo, en que usted podrá continuar leyendo todas mis notas.

Esta tarde, apenas hubimos regresado a casa —comimos otra vez en el figón de Lorilleux—, la portera me dijo que había venido una pareja de guardias preguntando por nosotros. Al explicarles que no estábamos en casa, dijeron que volverían al cabo de un par de horas.

Yo sé muy bien que no son verdaderos guardias. Seguro que, por debajo de las gorras de plato, esconden las funestas chisteras. Así es que, si vuelven, no pienso franquearles la en-

trada. Nos hemos atrincherado y estamos dispuestos a todo.

—¡Antes la muerte! —le he dicho a mi hijo.

Y Manuelito, en lugar de sentirse amedrentado, ha sonreído animosamente.

Día 19 de abril. San Hermógenes, mártir

Los guardias aplazaron su visita hasta hoy. Ahí están en este preciso momento, golpeando frenéticamente una puerta que no pienso abrir.

Le estoy escribiendo ahora, querido amigo, la que puede ser la última página de mi diario. No me tiembla, sin embargo, el pulso. Silencio. Los falsos guardias descienden rápidamente por la escalera, haciendo sonar sus espuelas. Volverán en un instante y forzarán la puerta con un ariete. La cadena acabará cediendo, pero tengo ya el afilado puñal a mi alcance.

—¿Tienes miedo, carne de mi carne?

—¿Por qué voy a tener miedo si tú estás a mi lado? —responde mi querubín, forzando una heroica sonrisa.

Ya vuelven a estar ahí, resoplando furiosamente. Han regresado con refuerzos. Me coloco junto a la puerta, con el puñal en la mano. Manuelito, a mi vera, me infunde valor con una mirada vibrante.

—¡Ay, pobrecillo de ti! —exclamo—. ¿Por qué se encarnizan contra nosotros? ¿Cuál ha sido nuestro pecado?

La cerradura, finalmente cede. La puerta se astilla. El jarrón —sabía que el invento de mi niño no podía fallar— oscila furiosamente. Oigo reírse a la portera, a Carmona, a Dupont, a Lorilleux, a todos nuestros vecinos...

—¡Ven aquí, corazón! —le pido a mi hijo.

No existe el Paraíso Terrenal, Duhamel. Fue sólo un vano sueño, en el que nunca debí creer. Todas nuestras lágrimas y todo nuestro amor no sirvieron de nada. El mundo permanece hostil. Será preciso morir.

—¡Ven aquí, alma mía! —repito, sorbiéndome las lágrimas con la punta de la lengua.

Manuelito me tiende los brazos y se acerca a mi vera con una sonrisa en los labios. ¡Dios clemente! Le clavo el puñal en el corazón y mi niño vuela por fin donde Carmona no podrá apresarle nunca. Le traslado amorosamente a su cama y, a falta de flores, le coloco un libro entre las manos. Ha muerto la Cultura, ha muerto la Ciencia, ha muerto la Sabiduría, ha muerto la Poesía. Esos canallas no tardarán mucho en profanar nuestro santuario, oigo sus voces, excitadas por la victoria, en el rellano de la escalera. Llegarán, sin embargo, tarde. En cuanto los vea entrar, dirigiré este puñal contra mi corazón, que ya no debe continuar latiendo.

Espero que se haga justicia, inolvidable Duhamel; hoy, día de San Hermógenes —que también murió martirizado— y cuando no se ha cumplido aún el primer mes de primavera, mi hijo ha muerto.

EPÍLOGO

XXI. Informe sobre un caso de locura lipemaniaca, con alucinaciones y delirio de persecución. Parricidio. Tentativa de suicidio

Llamados el 20 de abril de 188... por un oficio de M. Lambert de Larchappe, juez de Instrucción cerca del Tribunal de Primera Instancia del Departamento del Sena, al efecto:

Primero: de comprobar el estado mental del llamado Leonardo Zambrana y Gómez, acusado de haber dado muerte a su hijo, de cinco o seis años de edad, el 19 de abril último, clavándole un cuchillo en el corazón, y

Segundo: de investigar si debe considerarse al inculpado como habiendo obrado con discernimiento, o si, al contrario, ha perdido el sentimiento de realidad y la conciencia de sus actos, después de haber prestado juramento, de habernos enterado del expediente y de haber visitado reiteradas veces al acusado, estamos autorizados a concluir que:

Primero: El llamado Leonardo Zambrana y Gómez está atacado de trastornos crónicos de la inteligencia, pertenecientes a la forma científica determinada bajo el nombre de delirio de persecución.

Segundo: El principio de estos trastornos se remonta a unos seis años atrás y fueron la causa determinante de la separación de sus actividades docentes, en la Universidad de Cuernavaca, de la que Zambrana fue profesor.

Tercero: En el momento en que cometió el asesinato de su hijo —infeliz criatura aquejada de idiotismo—, obedecía a impulsiones morbosas, consecuencia del delirio mismo, que fue absolutamente incapaz de refrenar.

Cuarto: No se le podía considerar responsable de sus actos.

Quinto: La naturaleza de su delirio le coloca en el número de enajenados más peligrosos; y en interés del orden público y de la seguridad de las personas, debe ser encerrado y mantenido en un establecimiento consagrado al tratamiento de los alienados.

Firmado: doctores LEGRAND,
LASEGUE DE LA CHARRIÈRE y BOURBOUTIN

París, 20 de mayo de 188...

autores españoles
e hispanoamericanos

PQ6670. O4E5

a39001 004072370b